

erri
De Luca

La natura
espuesta

Lectulandia

En un pequeño pueblo al pie de una montaña, un hombre, gran conocedor de las rutas que permiten cruzar la frontera, añade la actividad de pasador de clandestinos a su oficio de escultor. Pero no les cobra, y uno de esos viajeros, escritor, escribe sobre él, lo que llama la atención de los medios y lo obliga a mudarse junto al mar. Allí, un cura le propone una tarea bien particular: restaurar una cruz de mármol, un Cristo vestido con un paño al que deberá dotar de sexo. Reflexión sobre lo sagrado y lo profano, sobre el lugar de la religión en nuestras sociedades y la instrumentalización del poder del cristianismo, *La natura expuesta* es una intensa y poderosa novela en la que Erri De Luca aborda también los temas de la inmigración y de la integración social y subraya más que nunca la necesidad universal de solidaridad y compasión.

Lectulandia

Erri De Luca

La natura espuesta

ePub r1.0

mandius 02.12.2018

Título original: *La Natura Esposta*
Erri De Luca, 2016
Traducción: Carlos Gumpert

Editor digital: mandius
ePub base r2.0

más libros en lectulandia.com

Erri De Luca

La natura espuesta

Traducción del italiano por
Carlos Gumpert



ÍNDICE DE CONTENIDO

Preámbulo

La natura expuesta

Sobre el autor

PREÁMBULO

«A partir de este momento, todo lo que digáis podrá ser utilizado a mi favor.» Esta premisa, implícita a veces, preside mi escucha. Una frase con un involuntario doble sentido, un proverbio desconocido, un contratiempo pueden trasladarse a mis páginas.

La natura expuesta proviene de una escucha. Es un relato teológico: si el mundo y las criaturas vivientes son obra de una divinidad, todo relato lo es necesariamente. Personalmente, excluyo la intervención divina de mi experiencia, no de la de los demás. Puedo dirigirme con el tú de las plegarias, de las cóleras, de las compasiones sólo a la especie humana.

Era una noche de julio en la finca de Val Badia de Lois Anvidalfarei y Roberta Dapunt; él, escultor en bronce, ella, poetisa en tres idiomas. En su mesa, la cena de los tres se prolongaba, contándonos el año. Roberta anunció que Lois tenía una historia que referir. La escuché y la olvidé.

Al año siguiente volví a hallarme en su mesa, o ellos en la mía, en el Tabarel, un local de San Vigilio di Marebbe. Volvimos sobre el tema, recordé los detalles que me habían interesado.

En el otoño de 2015, al terminar las laboriosas audiencias en una sala del Tribunal de Turín, regresé a la escritura. A la mía le hace falta, como cuando escalo una pared, darle la espalda a todo y concentrarse en la superficie tendida delante de la nariz, con la mejor precisión posible. Puse un punto y aparte, y empecé.

No creo que Lois reconozca en las páginas siguientes su relato. Pero de todas formas debo declarar aquí su origen y la deuda de gratitud. Lois ya me había ofrecido la imagen de la portada italiana de *La palabra contraria*, uno de sus broncees prisioneros.

En estas páginas entro en su terreno con la historia de un escultor.

La próxima vez que nos encontremos no me presentaré con las manos vacías.

Vivo cerca de la frontera estatal, bajo montañas que me sé de memoria. Me las aprendí como buscador de minerales y de fósiles, más tarde como escalador. Mis inciertas ganancias provienen del comercio de lo que encuentro y de pequeñas esculturas de piedra y madera.

Tallo nombres para los enamorados tenaces, que los prefieren grabados en ramas y piedras, en lugar de en tatuajes. Duran más, sin deslustrarse. Busco raíces secas, piedras que se parezcan a letras del alfabeto. Son fáciles de encontrar las de forma de corazón, remontando los pedregales de los arroyos secos. Otras formas más ásperas las encuentro en graveras, donde se acumulan los desprendimientos de las paredes. En la naturaleza se encuentran silabarios.

Me suelen buscar para trabajos menores de reparación de esculturas, por lo general en iglesias. Por aquí muestran mucho interés en que las decoren los artistas. Yo no lo soy, arreglo narices, dedos, las partes más frágiles. De niño estudié en una escuela de artes y oficios. Con ese diploma acabé yendo a trabajar a la mina de carbón. Desde que cerró, me las apaño con lo que voy encontrando.

Acababa mi turno en la galería y en vez de bajar al pueblo subía a la montaña. Sentía deseo de nieve, me lavaba las manos y la cara con ella. Corría ladera arriba por el bosque, exprimía por los poros un sudor limpio. Subía a las ramas de un enorme pino cembro amasando con resina mis manos. Desde el palco más alto me quedaba mirando el horizonte, para quitarme de encima la galería. Me recorría la espalda el estremecimiento del perro salido del agua.

Sigo teniendo admiración por los artistas, un sentimiento de espectador, no de colega. Cercano a los sesenta, todavía subo bien a los andamios y a los montes. Vivo en la última casa de las afueras de la aldea. Para mí es la primera en el descenso de los bosques, a pocos metros de una pequeña cascada que me da agua corriente. Nunca falta un reguero, ni siquiera cuando hiela.

Desde hace algún tiempo llegan al pueblo extranjeros desplazados. Tratan de cruzar la frontera, las autoridades lo toleran, para no tener que ocuparse de ellos. Vivimos en una tierra de tránsito. Alguno podría detenerse, pero nadie de los que han llegado hasta aquí lo ha hecho. Tienen como brújula una dirección en el bolsillo. Para nosotros, que no hemos viajado, son ellos el mundo que viene a visitarnos. Hablan idiomas que suenan como el ruido de un río lejano.

Para ellos ha crecido un pequeño servicio de acompañantes al otro lado de la frontera. Somos tres, ancianos, porque aquí arriba se es anciano a los sesenta años. Sólo nosotros tres conocemos los pasajes incluso en la oscuridad.

Qué graciosos los Estados colocando fronteras sobre los montes, los toman por barreras. Se equivocan, las montañas son un tupido sistema de comunicación entre sus vertientes, ofrecen variantes de paso según las estaciones y las condiciones físicas de los viajeros.

Las pistas de nosotros tres desembocan en el otro lado sin toparse con alma alguna. Las fronteras funcionan en la llanura. Se levanta una alambrada y ya no se pasa. Eso no puede hacerse en la montaña.

El acompañamiento tiene su tarifa. Aquí la han establecido los otros dos, a mí me parece bien que sean ellos los que determinen la remuneración. Los viajeros pagan en efectivo, forzados a la confianza. Se emplea un inglés de diez palabras, la jerga de los desplazamientos.

Siempre hay alguien que trata de pasar sin nosotros y se pierde, se agota y nos lo encontramos reseco, picoteado por los cuervos. Le damos sepultura, llevamos una pala en cada viaje.

Desde lejos uno cree ver un paso, luego, desde cerca, desde el interior, ya no lo encuentra.

Llegan mujeres, niños solos, no hay descuentos, el acompañamiento no resulta más ligero, sino, al contrario, más largo. Si se trata de hombres robustos los llevo por lo más difícil, que es más corto. En algunos tramos escarpados les ato una cuerda a la cintura y tiro de ellos hacia arriba. Por eso les pido que lleven una mochila y las manos libres.

Con los niños y las mujeres hay que seguir la pista más lenta, preocuparse por sus ropas, por el calzado. Sin un buen par de botas y ropa de abrigo no salgo, ni siquiera

en verano. Los otros dos los aceptarían incluso descalzos. Ganan más dinero ahora que durante toda su vida.

Uno es herrero, panadero el otro. Nos conocemos desde que éramos unos críos revoltosos. Escalábamos juntos, rebuscábamos debajo de todas las piedras cuando nos pagaban por cada serpiente capturada.

Hemos dormido entre los montes y debajo de los árboles. El herrero es alto, recio, deja huellas de oso. El panadero es el más anciano de los tres, las manos recocidas como hogazas, inútiles ya para cualquier cosa. Los pies, en cambio, le funcionan y con ellos se mete sus buenos ahorrillos en el zurrón.

Nunca vamos juntos, cada uno hace su viaje. A veces nos cruzamos entre quien va y quien regresa.

Acabamos saliendo de la misma avalancha que nos arrastró durante centenares de metros en su repentina oscuridad en pleno día. Al final de la carrera nos escupió como huesos de fruta descarnados.

Cuando te despeñas, los primeros metros lentos son espantosos, luego aceleras, das tumbos, te golpeas y te peleas con la muerte. Volví a ver el aire al final de la ladera, habiendo escapado del saco, pasmado de estar vivo y entero. Me levanté, vi al herrero bocabajo en la nieve, con los pies asomando. Lo saqué y le soplé mi aliento en los pulmones hasta que me escupió en la cara su primer resoplido. El panadero estaba más lejos, pero con la cara al aire, desvanecido. Bastó con unos bofetones. Tenía un brazo escacharrado. Vivos tres de tres, mejor imposible. Por la noche nos vaciamos una garrafa de vino de cinco litros, tampoco fue mucho.

La nuestra no es aldea para mujeres. Se han ido marchando a la ciudad, casadas o no. Tienen por tradición de belleza el cruce con la gente de paso. Llevan la caravana en la sangre. Los varones se quedan, aquí entre nosotros el mundo funciona con este revés, y no nos quejamos. Nos hemos vuelto un pueblo de hombres y animales.

En verano vendo a los turistas las piezas y esculturas que hago en invierno. En una mesa áspera delante de la casa coloco mis ofertas. Se detienen por curiosidad. Para ellos, el tiempo está unido a la compra, si no tienen dinero no se detienen. Lo dicen, se disculpan incluso, mientras pasan de largo, como dirigiéndose a alguien que extiende la mano. No se imaginan que puedo llegar a regalar mis cosas a quienes se detienen a mirar, a tocar, a preguntar.

Aquí arriba había peces, corales, conchas. De sus restos están hechas las montañas. A los que dicen con desdén que somos montañeses les respondo que teníamos el mar antes que ellos. Lo demuestro con el pez grabado en la cara de la piedra, el molde de una raspa, de una valva de ostra.

Saco a tomar el aire también mis libros usados, los ofrezco como lectura, hago de biblioteca municipal, que aquí no hay.

A mí me han servido para conocer el mundo, la variedad de las personas, que por aquí son escasas. Mantienen la casa caliente, compactos contra la pared que da al norte.

Menguada la vista leo menos, aplazo la compra de un par de gafas. El cuerpo tiene sus generaciones, esta última va un poco a ciegas. Por eso sé andar de noche por las montañas.

Los encuentros con los viajeros tienen lugar en la posada. Por lo general, entra uno de ellos y viene en nombre de los demás. Alguno de nosotros siempre está y, si no, se le espera.

No hay necesidad de apartarse, aquí las cosas de los demás se saben, los agravios, las mañas, las traiciones. Están entremezcladas junto con los huesos. Dejamos vivir sin inmiscuirnos.

El posadero se encarga de acomodar en el establo a los recién llegados. Si el tiempo no quiere, toca esperarlo.

No son mendigos, tienen dinero para poder viajar en primera clase. En cambio, deben hacerlo con nosotros, a escondidas, a pie, pagando cada metro recorrido. Están acostumbrados a los bandoleros, nosotros somos los últimos con los que se topan, y no los peores.

Hablo de nosotros para no excluirme, pero yo me comporto de manera diferente. Hago que me paguen como a los demás, y cuando los dejo al otro lado, devuelvo el dinero. A ellos les hace más falta. No se lo digo antes, que llevo su dinero encima, no sea que a alguno se le meta en la cabeza recobrarlo por la fuerza.

No inducir en tentación: esta frase del catecismo se me ha quedado clavada en la cabeza. Si induces a la tentación, la mitad de la culpa es tuya.

Al otro lado de la frontera les señalo dónde detenerse para descansar, dónde hallar transporte. Les devuelvo su dinero y doy media vuelta. Me tapo los oídos, así entienden que no quiero que me den las gracias. Soy alérgico a los *thank you*.

Me alegro de ser útil a la edad en la que por aquí uno acaba en el desguace, en el delirio alcohólico, en el asilo. La ventaja de no ser padre estriba en que no hay ningún hijo que quiera encerrarme allí dentro.

La montaña es mi asilo, un día será ella la que me cierre los ojos y se los dé a los cuervos, es su bocado preferido.

En los montes de la aldea se vivió la guerra de mis abuelos. De regreso de una travesía me detengo en un campo de batalla. Me tumbo junto a cuerpos que no existen ya, cierro los párpados.

Espero hasta imaginarme que soy uno de ellos, coetáneo de desventura. Dura el tiempo de unas cuantas respiraciones.

En la montaña se mezcla la memoria con la imaginación. Cuando escalo una pared, coloco los dedos en los mismos centímetros y asideros que los alpinistas que la inauguraron por primera vez. Coincido con sus movimientos, meto el mosquetón en la anilla del clavo que hincaron, la nariz guarda la misma distancia respecto a la roca.

Si mi hermano gemelo estuviera vivo, lo aprobaría. Tenía seis años cuando fue borrado por la ola de la crecida del arroyo en primavera. Estaba pescando truchas desde una escama de tierra en medio de la corriente. Desde la aldea oímos el ruido de tormenta de la riada, arrancando árboles y piedras de las orillas, destrozando. Encontramos uno de sus zapatos varios kilómetros aguas abajo.

Hace más de cincuenta años: pensar en él me sirve de compañía. Era valiente sin exhibicionismos, se subía a los árboles, se tiraba al agua helada. Sigo considerándolo un hermano mayor incluso ahora. En las decisiones pienso en él, le consulto. Tiene derecho a la última palabra. No estoy seguro de reconocerla, me basta con pensar que es la suya.

Él era zurdo, yo no. En su nombre quise aprender a usar su mano al mismo nivel. En el cuaderno escribo una página con la mía y otra con la suya. En la mesa alterno los cubiertos. Así las manos siguen siendo gemelas.

Entretanto, novedades, ha venido la televisión extranjera a buscarme. Han ido a ver al posadero. Éste sabía que estaba haciendo una travesía y los ha alojado. Sale a mi encuentro en el camino de regreso. Me dice que me he convertido en alguien importante. Uno de los que acompañé hace un año es escritor, ha publicado un libro sobre su viaje, que ha tenido fortuna. Habla de nuestra aldea y del cruce nocturno. Cuenta que al alba, ya al otro lado, le devolví el dinero.

Así me ha metido en un lío. El posadero se frota las manos por la publicidad para el pueblo y para la fonda. La noche anterior estuvieron filmando varias tomas en el interior, hasta en nuestra mesa vacía, donde establecemos los acuerdos.

—Vendrán muchos turistas, nada de sitios en el granero.

Me arrastra con él, llevo la noche a hombros, pero ni siquiera paso por casa.

Planto los pies en el suelo, me detengo. ¿Un escritor? Es todo falso, se habrá inventado la historia. ¿Quién puede tragarse eso de que devolvía el dinero? Ya conocemos a los escritores, venden historias.

El posadero me mira mal:

—No seas aguafiestas. Por una vez que esta birria de aldea le interesa a alguien.

A ver si dejo de soltarle patrañas a la cara.

Con el éxito del libro se han sumado otros testigos que, entrevistados, han confirmado las travesías «gratis». Quieren hacer un programa especial e invitarlos a

ellos y a mí.

Es el final de mi pequeña satisfacción de seguir siendo útil. La atención, la publicidad pone fin a las travesías por nuestra zona.

Contesto al posadero que ni siquiera en mi lecho de muerte admitiré haberlo hecho gratis.

Me toca hacer el papel del memo, negar, decir que es todo fantasía del ingenio. Repito esta frase durante todo el día a los que me lo preguntan. Hasta ahora ningún extraño me ha pedido una opinión en mi vida y de repente se ha juntado una multitud.

El herrero y el panadero me retiran el saludo, el acto más grave entre la gente de pueblo, una expulsión del registro de los vivos. Estoy de acuerdo con ellos, me retiraría a mí mismo el saludo.

El escritor, tenía que haber un escritor entre los cientos de personas a las que he acompañado, tenía que escribir un libro y que encima tuviera éxito: estos casos reunidos son casi imposibles y, sin embargo, aquí están para arrojar a un hombre fuera de las filas.

Habrà pensado que me hacía un favor. Podría haberme preguntado, volver aquí y preguntarme si me parecía bien. En cambio, se puso a escribir: «Me hizo cruzar las montañas en la oscuridad, con una brújula en la cabeza y no en la mano. Nos trató como a seres humanos y no como rebaño destinado a ser esquilado. Nos devolvió nuestro dinero, se dio la vuelta y se marchó a toda prisa tapándose los oídos para darnos a entender que no hacía falta darle las gracias. Nos quedamos con la boca y las manos abiertas, algunos de nosotros conmovidos. Escribo estas páginas por gratitud».

Basura, los lectores de hoy se lo tragan todo. Me pagó, ¿verdad? Me dio su dinero y yo lo acepté. La devolución no cambia las cosas. Me lo embolsé e hice de contrabandista de personas previo pago. Al otro lado de la frontera me descargué de un peso para el viaje de regreso.

Estoy hablando en serio, volvía más ligero sin ese dinero, sin sentir el cansancio de la noche de ida. Regresaba a tiempo para la cena y para el sueño. Podía ocurrir que la noche siguiente tuviera que volver a salir. De haber tenido el impulso del dinero, no me habría bastado para volver a salir.

Son asuntos míos y tendrían que seguir siéndolo. En cambio, han quedado expuestos, avergonzándome. El santo de los montes, el contrabandista caballero: la celebridad es una tomadura de pelo.

Ante la mesa sin tratar de delante de mi casa, con los objetos expuestos, se detiene en los días siguientes un grupo que ha subido con una excursión en autobús. Vienen por

mí, han visto el reportaje en las noticias. Compran de una sola vez lo que no vendo en toda la temporada. No hago fotografías, se las hacen entre ellos.

Sigo negando lo ocurrido, no me creen. Hasta parece que les gusta mi negación. No lo digo para que me crean, sino para que me dejen en paz.

Alguien me dice en voz baja que ha ayudado a un prófugo él también. Pone cara de conspirador, que sabe que ha cometido una transgresión. Tal vez sea así en la llanura, aquí es diferente. Prófugos, así los llaman. Para mí son viajeros de desventura, demasiada han tenido, toda de golpe. Tratan de quitársela de encima con el viaje. La desventura es una sarna que hay que rascarse. Muchos no consiguen desprenderse de ella, se les queda pegada como un pesado lastre que los aplasta.

Uno me pide que lo lleve al otro lado de la frontera, quiere vivir la experiencia. Le digo que no, que ciertas noches de caminata se hacen por necesidad. Si es por curiosidad, trae mala suerte. Es un periodista, joven, quiere algo para contar. Para eso, le digo, no hace falta ponerse a hacer, basta con ponerse a inventar. Uno pone su imaginación, y se ahorra la nohcecita en blanco.

Dice que me paga. Lo mando a ver a los dos compadres a la posada. Él quería ir conmigo. No hay nada que hacer.

Después de todo esto también el resto del pueblo me mira mal.

—Así que teníamos a un santo por casa y no lo sabíamos.

En la posada se produce la ruptura. Estoy allí en nuestra mesa de siempre bebiéndome mi cuarto de tinto. Aparecen los dos, se quedan de pie. Habla el panadero.

—¿Qué se te pasaba por la cabeza? ¿Es que te crees que tus piojos son rebecos?

Entre nosotros corre este proverbio, uno que se da aires cree que sus piojos son rebecos. No contesto.

Habla el herrero.

—Nos has metido en un mar de mierda; tú, el santo y nosotros, los bandidos.

—Me conocéis desde el siglo pasado y hacéis caso a las chácharas de los extraños.

—No tienes el valor de admitir que nos has engañado —dice el panadero.

—El dinero lo aceptaba como vosotros.

—Y luego se lo devolvías.

—De lo que haga con el dinero no tengo que rendiros cuentas a vosotros. ¿Os pregunto yo qué habéis hecho con él?

—Es asunto tuyo mientras no se difunda por la televisión. El paso se ha ido al garete, por aquí ya no cruzará nadie más.

—Pura puesta en escena, quieren que se vea a la Guardia di Finanza deambulando por la aldea. Dentro de una semana se habrán ido.

—Pues entonces, dentro de una semana haz la travesía con el dinero en el bolsillo y no lo devuelvas.

—Insistís en ocuparos de mi dinero. Cogedlo vosotros, yo hago la travesía a mi manera.

El herrero apoya los dos nudillos sobre la mesa y me dice con una voz diferente, baja ahora como un gruñido:

—Tu caridad no nos sirve de nada. Lo que nos hace falta es que te bajes del altar.

—Yo ahí no he subido.

—Te han colocado ellos, haz un gesto para bajarte.

—Ya lo he hecho, he negado.

—Con todos los que han dicho lo mismo de los acompañamientos gratis, ¿van a creerte a ti o qué? —dice el panadero.

—Que crean lo que quieran.

Los miro sentado, no los invito a sentarse. El herrero habla ahora como dando golpes al hierro, articula las sílabas como un martillo.

—Haz una travesía y quédate con el dinero. Así demuestras que aún sigues siendo uno de los nuestros.

Entiendo. No soy uno de vosotros. Soy uno y nada más. Se me han pasado las ganas de cruzar los montes. El herrero alza una mano cerrada.

—No te derribo a puñetazos porque una vez me salvaste el pellejo. Ahora estamos en paz. Ya estás largándote.

—Estoy sentado aquí y aquí voy a seguir. Idos vosotros si queréis.

El herrero levanta el puño sobre la mesa y da un golpe haciendo saltar por los aires el vaso y la jarrita de cuarto.

¿Qué debe hacer un hombre, aunque tenga el pelo blanco? Echo la mano al bolsillo interior de la chaqueta y saco poco a poco el cuchillo de hoja fija. El panadero se coloca delante del herrero.

—Ya te pago yo el vino. Posadero, trae otro. Ahora nosotros nos vamos y tú mañana te marchas del pueblo.

Otras veces ha habido riñas entre nosotros, pero habíamos bebido. Después de la llamarada volvíamos a ser los mismos. Esta vez estamos sobrios y no hay un antes al que podamos volver. El cuchillo corta, aunque no se utilice. Empuñarlo es ya cortar. Miras a la cara al otro y ya has cortado.

Se dan la vuelta, se marchan, sus pasos pesados sobre la madera son patadas. El posadero se acerca con el cuarto de vino y con el trapo para secar.

—¿Lo hubieras hecho? —Pregunta, y señala el cuchillo.

—¿Quieres la respuesta de uno famoso por decir mentiras? Sabes mejor que yo si lo hubiera hecho o no.

Bebo el cuarto, el último de mi tiempo en la aldea.

Al día siguiente me pongo en camino antes del alba y fuera de la carretera, a través de los bosques. No me dejo ver mientras abandono el lugar donde he nacido y vivido.

Llevo mis herramientas de trabajo, voy a invernar a una ciudad junto al mar, al final de las pendientes. No la conozco, creo que buscaré algo para reparar.

Antes del alojamiento, busco un local barato donde conseguir una comida caliente por la noche. Tiene que ser un sitio donde se intercambien saludos. Encuentro uno que me conviene en el puerto, regido por una mujer a la que enseguida llamo la dueña. Me presento y pregunto a cuánto me saldría una comida cada noche. El precio es bueno y me recomienda un alojamiento. Es una mujer robusta, de maneras francas y expeditivas, el pelo negro recogido en un pañuelo de flores, de edad inferior a la mía.

Sus huéspedes son marineros de paso y obreros argelinos de una cantera de mármol. Buena gente, dice de ellos, pero sin vino. Hay una única enorme mesa, uno se sienta al lado de quien ya está allí, en el mismo banco.

Así conozco a la parte de los viajeros que se han quedado entre nosotros.

Echaba de menos el poder hablar con los que se han asentado. En otros tiempos, había exploradores que llegaban hasta pueblos desconocidos, rebuscando por el mundo. Hoy tenemos a visitantes como éstos, desembarcan en una tierra firme, preguntan cómo se llama y dónde se encuentra. Consternados por hallarse lejos del lugar que llevan escrito en el bolsillo. Después encuentran un trabajo que los necesita a ellos y sólo a ellos, a falta de otros.

Hablo con quien me responde por extenso, no por sílabas. Escucho historias de suertes estafalarias, formas nuevas de morir, asfixiados en una bodega de carga por los gases del motor, congelados en el hueco del tren de aterrizaje de un avión, asfixiados en el camión aparcado bajo el sol del verano.

—Para que sea justa la muerte, ha de ser igual la forma de morir, su manera de abrazarnos. Ha dejado de ser cierto, como dice el poeta persa, que la muerte es justa porque alcanza al miserable y al rey.

Le cuento mis datos de fósiles marinos sobre las montañas. Él aprecia la geografía, la vida en la tierra antes de nosotros. Es un buen conocedor de historias, de esas que no tienen autor. Como los refranes y los chistes, cuyo origen se desconoce.

Está bien hablar de costado, volviéndose de vez en cuando hacia nuestro vecino. La dueña sirve la enorme mesa según el orden de entrada en su local. No olvida los nombres ni las especias que le gustan a cada uno.

Al lado del hombre escucho las migajas de su jornada, los pesos, los ahorros, la mujer lejana, los niños que crecen sin él, la casa en construcción en la meseta con la

paga del mármol. Le digo que mi casa salió de años en la excavación del carbón. Sonreímos por nuestro trabajo en blanco y negro.

Durante el día hago la ronda de las tiendas para saber si hace falta arreglar algo. Después hago la ronda de las pequeñas iglesias, por lo general siempre se encuentra alguna cosa. Aquí no, no dan tanta importancia a sus ornamentos.

No puedo aguantar mucho, si no sale nada tendré que marcharme. Después de la ronda de las iglesias pequeñas, me asomo también a la grande. Es un lugar solemne, intimidada. No tengo fe en lo alto de los cielos, los he visto de cerca, son fríos. En mi afán de llamar a todas, voy también a ésa. Tengo suerte justo con la última que quedaba.

El párroco es un hombre latinoamericano de unos cuarenta años, me mira pensativo, me pregunta qué sé hacer. Le cuento mi variedad y se le ocurre que podría intentar una reparación. Es bastante delicada, dice, una estatua de mármol, un crucificado de tamaño natural.

Me pregunta si estoy familiarizado con el mármol. Sí, lo he trabajado, me las apañó.

Tiene una voz sosegada, grave, manos recias, no de organillero. A un hombre siempre se las miro, para entender quién es.

Me acompaña a ver la escultura. Está dentro de un cobertizo en la planta baja, en el patio de la casa parroquial. Parece perfecta, un bloque de alabastro esculpido con intensa precisión. Quedo admirado, giro a su alrededor, será del Renacimiento, creo haber exagerado contando mis habilidades.

—¿Qué te parece?

Me gusta su tuteo. Contesto que está íntegra, además de ser maravillosa, nada que arreglar, si acaso que limpiar.

Me cuenta la historia.

—El escultor es un joven artista de principios de 1900. Acomete esta obra maestra suya nada más volver de los frentes de la Primera Guerra Mundial. Recibe el arriesgado e insólito encargo de esculpir en mármol un Cristo desnudo. La posguerra fue una época de grandes mudanzas y la Iglesia sintió la necesidad de corresponder a los tiempos.

»Has de saber que en las crucifixiones el condenado era izado desnudo. En otros tiempos se admitía esa representación del suplicio. Incluso Miguel Ángel esculpió un crucificado desnudo, en madera. Después del Concilio de Trento la Iglesia se puso a recubrir la desnudez.

Mientras me habla, admiro la obra maestra, que no está desnuda en absoluto.

—El joven escultor realiza la obra en un solo año de trabajo porfiado e insomne. Pero ya al año siguiente han cambiado los tiempos y también el obispo. El nuevo ordena cubrir la desnudez con un drapeado. El escultor se opone, es despedido. Otro añade la horrenda tela que se ve ahora. El escultor muere poco después, en las montañas.

Sigo sin entender qué tengo que hacer.

—Como puedes ver, se trata de una obra digna de un maestro del Renacimiento. Ahora la Iglesia quiere recuperar el original. Se trata de eliminar el drapeado.

Observo el revestimiento en piedra diferente, parece bien anclado en los lados y en la desnudez. Le digo que si se quita se dañará inevitablemente la natura.

—¿Qué natura?

La natura, el sexo, donde yo vivo a la desnudez de los hombres y de las mujeres la llamamos así.

—Éste es precisamente el problema. Varios escultores interpelados antes que tú han renunciado.

No sé de dónde me sale la respuesta, el caso es que le digo que podría reconstruir la parte dañada por la escisión. Hasta ahora he reconstruido narices, dedos, incluso una mano que faltaba.

El sacerdote vuelve a escrutarme para comprender la impresión que le causo. Me acompaña a la rectoría, nos sentamos en su mesa. Me pide que abra la palma de las manos. Está seca, áspera, le basta como indicio.

Hace un año que recibió del obispo el encargo de encontrar al escultor adecuado. La Iglesia es consciente del enorme valor artístico de la obra y por medio de ella quiere acercar de forma nueva y natural la verdad del sacrificio.

Me hace saber que soy el último en una larga serie de consultas con artistas, consagrados o no. Uno dijo que la eliminación traumática del revestimiento era ya tarea suficiente para representar la desnudez y su historia censurada. Los que accedieron a intentarlo, propusieron soluciones extravagantes. En lugar de la parte desprendida uno se imaginaba un pájaro, un cuco en concreto, dado que pone sus huevos en los nidos ajenos. Otro pensó en una flor. A una joven artista se le ocurrió la idea de un grifo.

—Tendría que haber grabado las conversaciones. Podría salir un libro interesante.

En definitiva, yo soy el último, y el año está llegando a su vencimiento. Le agradezco la sinceridad, un buen punto de arranque. Le digo que me comportaré de la misma manera. Si no soy la persona apropiada, se lo diré.

Me pide una prueba. Acepto y volvemos al cobertizo. Tomo medidas de la pelvis y de la altura del cuerpo. Nos despedimos estrechándonos las cuatro manos.

Quedo en hacerle una copia en yeso de la parte cubierta.

Por la noche me miro desnudo al espejo. Repito la forma estirada del cuerpo en torsión, mi natura se curva siguiendo la tensión de los músculos ventrales. Rebusco en el saco de maderas de raíces, una de pino cembro se le parece. La descortezo, la limpio, la igualo. Preparo el vaciado en yeso.

Entretanto, leo las versiones de la crucifixión en el Nuevo Testamento. Escritas mucho después de los hechos, mantienen su obstinación de testimonios directos. Quieren estar allí. De modo que invitan al lector a estar también presente.

Estudio en la biblioteca la vida breve del escultor. Fue joven en tiempos de la Primera Guerra Mundial. Leo páginas de un diario suyo pasadas a máquina para una tesis sobre él. Curiosamente, la tesis pasa por alto al crucificado; se refiere, en cambio, a sus esculturas de animales domésticos y salvajes, en terracota. Me topo con esta comprometida frase suya: «Considero la tinta la contrafigura de la sangre, mojamos en una en lugar de en otra. Ambas contienen el hierro necesario».

Vivió en las trincheras del barro, mezcla de tierra, agua, sangre, estiércol de la primera juventud del siglo pasado. A partir de 1919 empieza a esculpir cuerpos humanos. La guerra le ha enseñado la anatomía. Aprende a través de la piedad y la repulsión. Escribe que ambas cosas forman el conocimiento. La escultura del crucificado en mármol es su última obra. Precedida por un modelo en terracota, que se ha perdido, que sirvió para su aprobación.

El espíritu de la posguerra estaba enfebrecido de vitalidad, como reacción a la vida ofendida y a la juventud diezmada. Se atrevieron a imaginar la modernidad de un crucificado desnudo para representar los jóvenes cuerpos destruidos.

El escultor trabaja furiosamente y al cabo de un año está listo para la entrega. El resto corresponde a la historia del sacerdote, la negativa a exponer la obra ya aprobada, la orden de efectuar el revestimiento confiado más tarde a un anónimo que utilizó una piedra distinta.

Leo el periódico de la época reimpresso en facsímil. Da cuenta del asunto y del escándalo. Un año más tarde, el escultor muere congelado en la cumbre de una montaña cercana.

En el bolsillo le encuentran una nota que copio aquí.

Leo en un poema de Pushkin: «A mis deseos he sobrevivido». Yo no. No he estado nunca allí. Cuando creíais que estaba, no estaba con vosotros. Cuando os hablaba, dentro de mí callaba.

Cuando caminaba en medio de vosotros, estaba quieto, en cambio, bajo un viento que iba en mi lugar. Cuando estaba en vuestra mesa, estaba en la cocina multiplicando los peces. No os percataréis de mi ausencia, porque en ese momento yo estaré allí. Seré para vosotros inevitable por ausente.

Hay mucho que leer en la biblioteca y por el momento prefiero hacer el molde para llevárselo al sacerdote.

Le explico de dónde lo he sacado.
—¿De una raíz? Buen comienzo.
Se lo enseñaré al obispo.

En la taberna hay marineros rusos, más de bebida que de comida, bulliciosos, bromean con la dueña que los conoce y sabe cómo mantenerlos a raya. Junto a ellos, los obreros argelinos se muestran silenciosos, sobrios, con los ojos en el plato, hablan su intenso idioma de aspiradas que levantan una barrera entre ellos y otros del mismo banco. Me siento con ellos, mudo entre las sílabas opuestas.

En los días siguientes vuelvo a la biblioteca. Leo revistas de la época. Nace la Sociedad de Naciones, para resolver en esa sede las razones de los conflictos. No es aceptada la propuesta de un político francés, Léon Bourgeois, de dotar a ese organismo de una fuerza militar capaz de imponer la solución de las controversias entre dos Estados.

Mientras respiro el polvo del papel que hojeo, un golpe de suerte. Una revista mensual publica la foto de la estatua original. La imagen ocupa media página, en cualquier caso me hace falta la lupa que llevo en el bolsillo para mejorar mi vista. Observo la forma de la natura expuesta.

El contragolpe me hace dar un brinco en la silla. En ese cuerpo moribundo se manifiesta un principio de erección. Me quedo hipnotizado contemplando la imagen. Entonces me hablo, algo que me sucede en los momentos de sorpresa. Tiene que ver con mi gemelo.

El condenado está muriendo, ya en los espasmos que culminan a menudo en una erección mecánica. Así arrecia la muerte dentro del cuerpo joven. El corazón impulsa los latidos terminales, la sangre queda ahogada en el centro, el aliento sale para no regresar, lanzado como una despedida.

El joven cuerpo deja de resistirse al castigo. El cuello no aguanta ya el peso de la cabeza que cae sobre el hombro izquierdo por encima del corazón. El escultor recuerda los cuerpos de sus coetáneos muertos, el embotellamiento circulatorio que se manifiesta con la muerte. Es la última voluntad de la sangre, que tiene mucha.

En una estatua ha de entreverse la sangre. En ésta las venas se hinchan hasta lo imposible. Aquí está representada la muerte de un atleta en pleno esfuerzo.

Su belleza es tal que un tribunal de mujeres no lo habría condenado. No por el deseo de abrazarlo, sino por respeto hacia la perfección. Habría quedado absuelto por admiración.

No está previsto en los códigos, pero se aplica de todas formas. En la escuela de artes y oficios escuchábamos con entusiasmo la absolución de Friné, la modelo de Praxíteles, acusada de impiedad y desnudada en la sala del tribunal de Atenas, como prueba de inocencia.

Hago una fotocopia de la página con la fotografía, añada 1921, día 24 de diciembre. En la víspera de Navidad el escultor invita a la prensa local a una visita privada. Sabe ya que la estatua va a quedar arruinada por el drapeado. Retira la sábana.

El cronista refiere que se aguardó a la hora del ocaso, a causa del efecto de la luz enrojecida sobre el mármol. Tomó aspecto de carne, las sombras movieron las formas.

Una vez pasado el momento perfecto se encendieron velas para iluminar el fin alcanzado.

El cronista admite la emoción y descubre por primera vez, así lo escribe, que a una escultura le hace falta una fuente de luz, una sola, para ocupar el espacio.

Voy a ver al sacerdote, pero antes entro en la gran sala de la estatua. Empiezo a imaginarme las dudas del escultor acerca de la forma de la natura. Debía soportar los cruces de miradas, el advenimiento histórico de la devolución de un crucifijo a su desnudez.

¿Sentía frío? Lo indudable es que lo sacudieron los escalofríos, al ir perdiendo junto con la sangre el calor también. Tendría sed debido a la hemorragia. Era resistente, duró con vida más que los otros dos.

Tenía algo que decir: que los perdonaba, no a los dos condenados, sino a todos los demás. Pedía a la divinidad que absolviera a los asesinos. ¿Y él? Los había absuelto, pero no le bastaba. Debía obtener el perdón supremo.

Su petición, sofocada por el escaso aliento de la posición comprimida del pecho, ascendió como un vapor.

Antes que él, nadie se había expuesto hasta el extremo de una petición parecida: perdonarlos a ellos. Estas palabras elevan su muerte a sacrificio. Sin ellas, la cruz no dejaría de ser el madero del suplicio de un inocente.

Recuerdo un episodio escrito por Primo Levi como testimonio de un condenado a la horca en el patio del campo de concentración, con la presencia forzada de todos los presos. A ninguno de ellos se le permite bajar la cabeza, tienen que mirar. La guerra está a punto de terminar, el condenado grita en alemán su última frase: «Compañeros, yo soy el último».

Es una declaración de salvación diferente para quienes quedan. No alcanza tanta fuerza como para franquear las generaciones, se limita a alentar a los presentes. En común tienen la voluntad de dirigirse, de dejar dicho.

Después de las palabras del crucificado, el madero se convierte en rampa de lanzamiento para las generaciones. Tenían que ser dichas desde esa posición. No funcionan desde una cátedra, desde un palco. Hay que subir a un patíbulo para decirlas.

Busco los pensamientos del escultor, los mezclo con los míos, girando alrededor de la estatua.

He cogido una vela, una buena idea sugerida por la lectura del reportaje. Bajo su luz, incluso los tendones tensos proyectan sombras. Hago un gesto instintivo, pongo mi mano tibia sobre los pies clavados, por deseo de transmitir calor.

El sacerdote se reúne conmigo. Me hace saber de inmediato que tengo vía libre para actuar. Subimos a su despacho y le doy la fotocopia y mi lupa, se queda mirando con atención. Me devuelve la lupa, sacude la cabeza. Siento el impulso de defender al escultor. Ha dotado al crucificado de una natura poderosa, así resulta más fuerte el contraste con la muerte, con su abuso. Empuja a vestir el cuerpo desnudo, expuesto al viento. No para tapanle la natura, sino para colocarle una manta sobre los hombros, envolverle los pies en un paño de lana. Es un sentimiento terrenal, no tiene nada que ver con la fe, con la devoción por la imagen sagrada.

Me escucha, de modo que prosigo. Este movimiento de afecto proviene directamente de la natura expuesta. La desnudez sacude las fibras más antiguas de la compasión. Vestir al desnudo está prescrito en una de las obras de Misericordia estudiadas en el catecismo. ¿Qué clase de misericordia siento ante esta figura?

Es un impulso repentino dentro de la sangre. Esta misericordia no proviene de petición alguna. No es la caridad de una limosna dejada caer en una mano abierta. La figura no me está pidiendo, no se está moviendo hacia mí. Es mi impulso el que supera la distancia de espectador y hace que me acerque.

No la conocía hasta ahora. La aprendo en este momento. He acompañado a personas a cruzar una frontera. Nada tenía que ver la misericordia, ellos me pedían, yo respondía. Bastaba una fraternidad.

El sacerdote no deja de escucharme, mientras saca una botella de vino y dos vasos. Llena el mío hasta el borde. Es costumbre de obreros. Si invitas a vino, llenas el vaso. Son los señores los que sirven poco. Ellos no beben, saborean. Si se lo ofreces a un obrero, sirve vino hasta rebosar.

Los sacerdotes tienen manos suaves de funcionarios, las suyas no. De dónde vienen, pregunto, de una misión en África, dice. ¿Dónde? Mozambique. Responde por cortesía y para concluir, quiere que prosiga. Bebemos un sorbo, después contesto a su pregunta.

—¿Sientes por primera vez esa misericordia?

—La he aprendido ante este crucificado desnudo.

—¿Nunca antes por un cuerpo real?

—No tan fuerte: hay libros que te hacen sentir un amor más intenso que el que conoces, un valor más desatado que el que has vivido. Debe de ser el efecto que provoca el arte: supera la experiencia personal, hace alcanzar al cuerpo, a los nervios, a la sangre, metas desconocidas. Frente a ese moribundo desnudo se me han conmovido las entrañas. Siento un vacío en el pecho, una confusión de ternura, un espasmo de compasión. He puesto la mano en sus pies, para calentarlos.

—No me había dado cuenta hasta ahora de la diferencia entre caridad y misericordia. Sus siete obras se realizan sin necesidad de solicitud.

Le digo que he tenido ocasión de hacer, una vez por lo menos, una de esas acciones. No las llamo obras. Pero no puedo aproximar esos gestos a mi reacción hacia esta imagen. Aquéllos los he olvidado, ésta no podré, porque ha sido desencadenada por la obra de arte.

El sacerdote se levanta, se acerca a los fogones, enciende la llama bajo una olla. Me ofrece quedarme a cenar. Me levanto, digo que estoy de huésped en la taberna del muelle pesquero.

Conoce a la dueña, sabe que sus precios son buenos. Me dice que comience lo antes posible con el desprendimiento del drapeado.

Vuelvo con las herramientas y empiezo a cincelar el revestimiento. Es un granito que se desprende en astillas. Está bien anclado a las caderas, con algo de hueco en el vientre delgado. Meto el cincel en ese espacio y, con los golpes precisos, parto y quito. Queda en los huesos de la pelvis y por encima de la natura.

Trato de salvarla, pero el drapeado sigue anclado encima. Aplico el cincel por todas partes y los golpes me retumban en el cuerpo, como si cincelase mi propia pelvis.

Es solidaridad masculina, me digo para proseguir. Reanudo los golpes y el efecto continúa. Tengo que aguantarme. Golpeo y noto el rebote. Cincelo a su alrededor para debilitar el granito. Así se desprendió de mí la mujer que me era compañera, con un golpe seco al final. Mis entrañas siguen respondiendo a los golpes.

Un penúltimo martillazo avisa de que el bloque va a ceder. Golpeo despacio y la pieza entera se desprende, la sujeto con los brazos para no dejarla caer. La apoyo en el suelo.

Se ha retirado llevándose consigo casi toda la natura cubierta. Miro la forma dada por el escultor a la muerte en ese punto. Una vena en relieve corre hasta lo alto de la natura blanca. Está circuncidada.

Me quito el jersey de lana y envuelvo con él el bloque desprendido. Me lo llevo a mi habitación.

Mientras camino con su peso, vuelve al brazo el peso de la maleta de la mujer a la que acompañaba al autocar. Me instaba a conseguir más.

No es propio de mi carácter dar un paso al frente, demostrar. Estar con ella fue el mayor logro alcanzado en mi carrera de hombre.

Ella me consideraba mejor y mayor que lo que estaba haciendo. Escribía hablando de mí a las galerías de arte, les mandaba fotos de mis composiciones de piedras y trozos de madera recogidos y combinados.

Se las arregló para organizar una exposición, pagando de su bolsillo la impresión de un catálogo. Obtuvo una recomendación en un periódico nacional.

Me empujaba a hacerme valer. Lo que a mí me importaba era estar con ella, ir juntos por los bosques y pedregales para buscar formas, imaginar qué hacer con ellas.

Era competente en arte, me parangonaba con artistas que yo desconocía.

—Si vivieras en Milán tendrías tus esculturas en los museos.

Si viviera en una gran ciudad, rebuscaría entre los contenedores de basura en vez de en las montañas. No aceptaba mis reticencias. Se indignaba contra mí, en esos momentos se ponía al rojo vivo.

De sí misma decía carecer de todo talento artístico, pero, para compensar, ser infalible en reconocerlo en los demás.

No soy un artista.

—Más que un artista, eres un artífice. Uno que fuerza los bordes despellejándose las manos para abrir un pasaje nuevo. Comprendo que debas ser humilde, pero no ir más allá de la humildad. En cambio, eres apocado, renuncias, te sustraes al deber de darte a conocer.

Me llevaba a ver museos, viajábamos con su sueldo de profesora. Me tenía al tanto del arte más reciente, de la arquitectura. Yo aprendía nombres que he olvidado. La seguía para complacerla. En los conciertos de música moderna me la explicaba a mí, que sólo conozco cantos de montaña.

Para ella eran cosas importantes, provocaban su entusiasmo. Renqueaba tras ella en los museos, que me cansan porque se camina demasiado lento, se para uno cada dos por tres para leer el título de un cuadro, de un pintor. Los museos tienen el inconveniente para mí de estar en llano. Me irían mejor con ascensos y descensos, pasajes estrechos, balcones en los que quedarme asomado mirando a lo lejos.

Me guardaba esas estupideces por temor a que me mandara al infierno.

Lo hizo, sólo estaba retrasándolo. Ella quería. Y yo amaba su voluntad, sabiendo que la estaba malgastando conmigo. Voluntad de mejorar, de dar valor a lo que yo hacía, convencida de que había allí un valor que había que estimular.

No lo había. Se lo puedo decir ahora que no me oye. No había nada en mí que mereciera su esfuerzo. Lo único que había era mi suerte de vivir con ella y hacer que durara.

Empezó a abandonar. Se cortó el pelo, era más hermosa. Se quitó los zapatos de tacón alto, era más hermosa. Dejó de maquillarse, era más hermosa.

—Me quedo si te decides a convertirte para el mundo en lo que ya eres.

—No sé hacerlo.

—No es verdad. Tú sientes un sagrado respeto por lo que sabes hacer, pero con el maldito orgullo de no tener que demostrarlo. Crees que la suerte tendrá que someterse a tus condiciones, venir a suplicarte como hago yo. Mírame bien, yo soy tu suerte y te voy a dejar.

Era cólera, exasperación a causa de mi inercia. Era el final del esfuerzo por arrastrarme.

Yo había empezado a realizar mis primeras travesías, sin decírselo, para no provocar sus reproches por mis distracciones de las obligaciones del arte. Para ella eso era lo sagrado, el resto lo profano. Cuando se enteró dijo que había vivido con un artista y no quería vivir con un contrabandista.

Me miro las manos, vacías de las suyas, empuño martillo y cincel por necesidad de sostener algo. Empiezo a tallar un tronquito, golpeo hasta que no puedo sujetar las herramientas. Respiro por la nariz, con la boca apretada por la presión de los dientes unos contra otros.

Me digo que he tenido la lluvia en el campo y me empapé de ella mientras duró. De nada sirve mirar las nubes ahora, ahora hay que mirar al suelo. Me digo algunas buenas razones, ninguna me vale.

Jugábamos a las cartas, yo era experto en contarlas, ganaba más a menudo. Cuando ganaba ella era carnaval, me tomaba el pelo, decía que me enfurruñaba por la derrota.

—No sabes perder.

No contestaba, pero callado pensaba lo contrario. Claro que sé, sé perderlo todo.

Ahora que no está, se lo digo en la oscuridad. Tenías razón, no sé perderte. Sigo alborotado en el corazón como un pollo degollado.

No sucede dos veces el ser amado con la intensidad de una misión. A muchos de nosotros no nos sucede ni una vez siquiera.

Sin ella se me desprendió incluso el deseo. Dos mujeres a las que acompañé al otro lado de la frontera se ofrecieron a pagarme con su cuerpo. Acepté diciendo que

cobraría su deuda después de la travesía. Vieron que después devolvía el dinero y que no había deuda. Habían pagado lo suficiente como para llegar hasta allí.

Ahora evito mirar a las mujeres con las que me cruzo por la calle. Me he vuelto neutro, menos que abstenido. Debe de ser por eso por lo que me siento la persona adecuada para la tarea asumida. Se trata de reparar una pieza de la anatomía, sin el valor del placer.

Llevo al sacerdote el bloque desprendido, le pregunto si debo continuar, visto el detalle. Lo quiere consultar con el obispo, me invitan a la discusión.

Me encuentro con un hombre de mi edad, más pálido y más delgado. Es la primera vez que me dirijo a un obispo, pregunto si debo llamarlo Eminencia.

—Dejemos a un lado los títulos. Van delante de una persona como el asno delante de la carga. Vamos a lo que nos importa. Ya se dará usted cuenta de que ésta es materia sagrada. ¿Cree poder tratarla como tal, o para usted es una escultura, y nada más?

Las palabras del crucificado son sagradas, respondo, su cuerpo no, tuvo que nacer y morir como cualquier organismo. Ahora tienen ante ustedes el detalle de la desnudez original. aguardo la decisión que tomen.

—Ese cuerpo que para usted no es sagrado, se convierte en tal en la cruz, transformado en objeto de devoción. Le pregunto si no le parece excesivo el detalle del envaramiento.

Es sólo un amago y coincide con los espasmos finales. No es un detalle, es la culminación del suplicio. Me voy a permitir una pregunta, si tienen la intención de exponerlo o no. Para mí hay cierta diferencia. Si ha de ser una figura secreta, el trabajo pierde importancia para mí. Me disculpo por la sinceridad, que con el sacerdote hemos acordado intercambiarnos.

—Ahora está usted hablando como portavoz del escultor y no creo que sea el caso. Usted es un experto artesano, no se tome por el autor.

Tiene razón, hasta ahora he reparado narices, dedos, incluso una mano. Aquí se trata del centro de la estatua, donde se concentrará la atención. Allí precisamente manifiesta la vida su última señal. La tarea que me están confiando no es la de añadir la prótesis a un mutilado, sino la de completar una obra maestra. Recuperando el original, el escándalo está asegurado.

El sacerdote escucha el diálogo sin el menor atisbo de intervención. Es un día de lluvia, por los cristales se deslizan las ráfagas. El obispo también es de Latinoamérica, no es un funcionario del aparato. Estuvo en la cárcel durante la represión de una revuelta campesina.

—¿Es usted creyente?

—No en la divinidad, creo en algunos representantes de la especie humana.

—¿Qué entiende por sagrado?

—Aquello por lo que una persona está dispuesta a morir.

—¿Al hombre de la estatua lo considera sagrado?

—La razón por la que acepta el sacrificio sin retractarse, esa razón es sagrada.

—Entonces adelante con la obra. No puedo prometerle que llegue a ser expuesta en un lugar sagrado, no soy el propietario de la decisión. Puedo decirle que con esta obra el artista está destinado a convertirse en un nombre tan venerado como el de un maestro del Renacimiento. Alrededor de sus escasas esculturas se concentrará la atención de la crítica internacional más prestigiosa. La Iglesia tiene una buena oficina de prensa y propaganda que contribuirá a ese reconocimiento. Se me ha encargado confiar la restauración a la persona adecuada. He examinado a numerosos artistas seleccionados por nuestro amigo el sacerdote, pero lo que yo estaba buscando era un hombre con una historia, con características que van más allá de la excelencia artística. La noticia de sus travesías hasta la frontera ha llegado hasta aquí también. La obra será expuesta en los museos. La Iglesia dará su consentimiento, pero no sabría decirle si la acogerá en su espacio.

Miro la ventana a sus espaldas. Con este tiempo no acompañaría a nadie a franquear las montañas. Me asalta una pregunta, a qué altura se halla Jerusalén.

—A unos ochocientos metros.

Pregunto si nieva.

—Casi todos los inviernos.

Se me mete en la cabeza el conocer la temperatura de aquel viernes de suplicio, entre marzo y abril. El cuerpo se ha acalorado subiendo a la colina con su equipaje de madera a hombros. Después, izado, inmóvil al aire, al viento, tendría frío. Los espasmos de la agonía malgastaban la última caloría.

Cuento estos pensamientos a los dos hombres. Añado que no quiero ser nombrado como restaurador.

El obispo ha seguido el zigzag de mis frases, mira al sacerdote, que asiente a mi solicitud.

—¿Va usted a revelar la desnudez de ese cuerpo y quiere ocultar los detalles de su nombre?

Así es, no soy un artista, la firma está fuera de lugar. No ha pervivido el nombre de quien aplicó el drapeado, no quedará el nombre de quien lo retiró.

Pido que apaguen la calefacción en la gran sala de la estatua. Para aproximarme a la intención del escultor: creo que trabajó con temperatura exterior.

El mármol de la cruz es liso, pulido, no el del cuerpo, que insinúa la piel de gallina. Eso también contribuye a mi deseo de calentarlo.

Estrecho la mano al sacerdote; el obispo, en cambio, me hace un gesto de bendición.

Estamos en enero, pasan nubes a jirones. El sol se ensarta en los espacios y quienes pasan por debajo se ven beneficiados por esta atención. Voy a pasear por la playa, llevo mi morral para recoger conchas de moluscos, maderas blanqueadas. Camino descalzo, las plantas de los pies reciben el masaje de los pasos.

El crucificado no vio el mar. Trataba con pescadores de lago, que están rodeados por el borde de las orillas. Sienta bien a los ojos tener de frente una extensión sin fondo.

Es la primera vez que estoy junto al mar. He leído la *Odisea* y los libros de Stevenson, lo vi en el cine con *Moby Dick*, meto mis pies dentro por vez primera. Lo creía atronador y, en cambio, es un prado, las olas son lentas, acuden en fila como las vacas de regreso al establo. Acarreo la montaña conmigo. Miro el mar y atiando también a la grava de guijarros que me restriegan las plantas de los pies. Me los mojo, está frío, pero menos que un torrente.

Desde lo alto de una cima puedo ver a lo lejos, el horizonte está por encima de la meta de la ascensión. Pero aquí el horizonte se rebaja al nivel del mar. Está despejado, abierto sin subir un metro.

Recojo una concha en forma de oreja. La acerco a la mía, dicen que se oyen las olas. No me da esa impresión. El efecto es el del eco de una cisterna, repite el murmullo que está dentro de mi oído, el tobogán de sonidos en un laberinto.

Con la otra oreja oigo amplificado el enjuague de la ola en la grava. Es el sonido más antiguo del mundo, está aquí desde las edades de la tierra. Ya estaba cuando nadie podía oírlo. Pasaron millones de años antes de que pudiera meterse en un oído. Son pensamientos que ascienden desde los pies descalzos sobre la grava fronteriza entre la tierra y el mar.

Si uno duerme cerca, a saber qué sueños tendrá. Dentro de los míos ruedan avalanchas, un rayo incendia un árbol, golpeo con un hacha un tronco que no cede, me enzarzo con un oso que sigue matándome.

Debe de estribar en los sueños la diferencia entre quienes viven con los montes y quienes están cerca del mar. ¿Y los de las ciudades atestadas? Decido que se sueñan entre ellos.

Hay pescadores en la orilla, plantan dos, tres cañas, esperan sentados. Paso por detrás de ellos. Sopla viento de tierra que ayuda a que el cebo se adentre en el mar.

Una mujer camina con un perrito que corre a lo loco, ladrando a las olas. Me cruzo con ella, no lleva gafas de sol, de modo que le sonrío. Ella me corresponde, se detiene, se pregunta si soy yo. Ha visto mi cara en un periódico y en un reportaje de televisión sobre las travesías. Me pregunta qué estoy haciendo en la playa. Invernarse.

Tanta publicidad ha atraído la atención de las autoridades, se han acabado las travesías.

Nos ponemos a hablar, nos sentamos en la arena. El perrito se tumba a mis pies. Ella se sorprende, yo no, gusto a los perros, olfatean el olor de los bosques en mis ropas.

Le enseño los trozos que he recogido, lo que hago. Me pide que adivine a qué se dedica. Lo intento: astrónoma, jugadora de ajedrez, bióloga marina.

—Nada tan maravilloso, organizo viajes.

Sin participar.

—A veces hace falta mi presencia.

Somos colegas, digo en broma.

—Los míos son ricos; los tuyos, pobres.

Gracias por el tú, una cortesía por parte de una persona joven. La gente a la que acompaño tiene dinero, han de pagarse cada pequeño desplazamiento. Los pobres no pueden escapar.

—Entonces la diferencia está en el destino, mis clientes lo saben todo antes.

La gente a la que llevo no conoce el recorrido, pero sí la meta. Son temerosos y valientes, inseguros e imparables. Uno de Guinea-Bisáu viajó en una bodega oculta detrás de una jaula de leones. Lo acogieron bien, restregándose contra los barrotes para que los tocara. Desembarcó en Nápoles, donde nadie prestó atención a su piel.

Habla de viajes, caminamos por la playa hasta la primera oscuridad. Vamos a su casa para dejar al perro. Me invita a subir, la espero en la calle. Nos vamos al cine, después al puerto a tomar calamares fritos. Le gusta mi tono de voz. Los hombres la impostan para hacerse los interesantes.

—Gorjean su virilidad, tú no. Hablas de persona a persona, no de hombre a mujer. No quieres parecer interesante. Y no sonrías, pero tienes arrugas a los lados de los ojos.

No sonrío, nunca se me ocurre pensar en eso.

—¿Es que para sonreír hay que pensar?

La sonrisa es un pensamiento, me parece. Es ella la que sonrío. Estiro los pómulos, frunzo los ojos, pero no es una sonrisa. Es la contracción defensiva de la cara cuando cincelo. Hago esculturas, le digo.

—¿Los escultores no sonrían? —pregunta sorprendida ante mi explicación.

Comemos anillas de calamar contemplando el puerto. Los barcos de pesca se mecen al viento, hacen un sonido quedo de cuerdas y de engranajes.

Reina una calma de pueblo, de gente en casa, con los fogones encendidos. Cruzo los dedos alrededor del vaso. Ella coloca las manos encima.

—A veces siento el deseo de sujetar un árbol entre las manos. Tengo la impresión de sentir cómo se desliza la linfa. ¿Te ofendes si te trato como a un árbol?

Dejo escapar un suspiro del pecho y lo soplo sobre las manos reunidas. Las retiro del cristal y de las suyas. Quiere pagar la cuenta. Lo hacemos a medias. La acompaño a casa.

Por la mañana temprano voy a deambular en torno a la estatua. El anclaje de la cruz en el suelo debía prever un metro de profundidad, bien encajado en las rocas, para evitar que se balanceara o cayera.

Sería madera recién cortada, apenas deshojada y descortezada. El escultor la quiso lisa, en contraste con la piel del condenado, áspera de frío y de heridas.

¿Qué hacían con la madera, después? ¿La utilizaban para otras ejecuciones? Lamento desconocer cosas tan elementales, su especie botánica. El crucificado seguro que la reconoció, era del oficio. Habrá sentido cierta intimidad con el olor, con los nudos del tronco, un recuerdo del taller.

Pensaría en los clavos hincados durante tantos años; los más difíciles, los del castaño. Ahora los clavos lo sujetan a él. Echo de menos datos del cronista.

Empiezo a reparar los puntos dañados por el desprendimiento, los igualo con distintas herramientas, por último con papel de lija. Hace frío, me caliento con lo que hacen las manos.

Por la noche voy a cenar, me siento al lado del obrero argelino. Le hablo de la restauración del crucificado. Es musulmán. El islam lo reconoce como profeta. Les tocan vidas y muertes difíciles a los profetas.

También el islam ha usado atroces maderos de suplicio. Hablamos de cuánto daño ha inventado la especie humana para sí misma. Ningún animal se aproxima a nuestro peor. Ninguna criatura viviente ha imaginado el suplicio del empalamiento. La habilidad del verdugo consistía en la prolongación de la agonía.

Por un momento interrumpimos los bocados, nos miramos, bajamos los ojos. Hasta hace muy poco habríamos asistido en la plaza a ejecuciones como éstas sin apartar la mirada. Impuestas por las autoridades: basta con eso para darles carta de naturaleza.

Él dice al final:

—Prefiero los tiempos actuales.

La pequeña obra que he de realizar se va apoderando de mis sentidos. Veo las cosas a mi alrededor a través de su aspillera. La limpieza del desprendimiento resulta muy laboriosa. Tengo que hacerla a mano, coloco una lámpara frontal para verificar lo que retiro.

Restriego alrededor de las caderas, horas de fricción muda, me ciño a su cuerpo como una enredadera. He leído en las páginas de Juan que se lo equipara a un reptil.

«Y como Moisés elevó la serpiente en el desierto, así tiene que ser elevado el hijo de Adàm.» Moisés colocó una serpiente de bronce en un mástil como antídoto contra la mordedura de las serpientes en el desierto. Quien alzaba los ojos hacia la imagen, sanaba. De modo que él tenía que ser elevado a lo alto del madero, con el objetivo de la salvación.

Busco a alguien que pueda explicarme el parangón de uno mismo con una serpiente, animal de mala reputación. Una mujer anciana que vive en mi misma planta baja entiende de las que se aparecen en sueños. Me hace un catálogo de casos.

—Si se te presenta delante y no te hace nada, es aviso de ganancias. Si te muerde, es buena salud y ganancia doble.

»Si la matas, la ganancia se va al garete.

»Si eres tú quien la ves, una persona te está ayudando. Si es venenosa, eres tú el que ha de ayudar.

»Si la pisas, descubrirás un engaño.

»Si estás rodeado, no debes vengarte.

La serpiente es un tema popular, todo el mundo tiene la suya. El sacerdote ha tenido experiencia de ello en África. En la aldea donde vivía se oían a menudo gritos de avistamiento. Se interrumpían las labores para matar el peligro.

—En mi recuerdo a distancia, creo que esas serpientes buscaban un acuerdo con los hombres. Para vivir de cazar los ratones que abundaban en nuestros asentamientos, sin molestar. Pero los niños meten las manos en todas partes. Un hombre no levanta una piedra para ver qué hay debajo, no mete las manos en una pila de madera sin una herramienta. A causa de los niños se mataba a las serpientes. Persiste en mi recuerdo la tristeza de cuando oía el grito de alarma.

Le pregunto cómo interpreta la comparación entre Jesús y la serpiente.

—La de Moisés sanaba a los que levantaban la vista hacia la enseña. Jesús se atribuye la misma capacidad de curar de la picadura, la de los pecados. La explicación es de san Agustín, no mía.

A la hora de la cena, vuelvo a ver a la mujer de la playa. ¿Cómo me ha encontrado? Me había sacado una fotografía y con ella ha ido preguntando por ahí. Me invita a acompañarla a comer a otro sitio. Con mucho gusto, le contesto, pero que esté cerca, por la noche me entra pronto el apetito. Conduce hacia la colina.

Charloteo de mis horarios anticipados, tengo jugos gástricos norteños, a las siete de la tarde quieren entrar de turno. Me pellizca la nariz su aroma a bergamota. Abro la ventanilla, la noche está fresca, ella dice fría.

Nos alejamos, el estómago gruñe. Me informa:

—Ya hemos llegado.

Bajamos unos escalones para entrar en una bodega de toba decorada con manteles blancos en las mesas y desnuda en las paredes. Ha reservado. ¿Es que sabía que iba a aceptar?

—Habría venido de todos modos.

Hay cuatro vasos frente a mi sitio, trato de averiguar cuál es el del agua. Ella elige los platos. El camarero va vestido con la elegancia de un testigo de boda.

Mientras hablan, miro a mi alrededor, toco los cubiertos, giro el plato decorado a mano. Debería entender lo que ve esa mujer en un perchero como yo.

Después de la primera copa de vino que baja a mi vacío, le cuento hacia atrás lo que estoy haciendo, empezando por la conversación sobre la serpiente.

Demuestra interés, me aconseja que pida el asesoramiento de un conocido suyo. No se trata de un zoólogo, sino de un rabino. En el Antiguo Testamento la serpiente es frecuente. La involuntaria rima la divierte y la repite: «La serpiente es frecuente».

Me habla de la suya. En un jardín en Arizona vio enroscada a un metro de distancia una serpiente de cascabel. No hacía vibrar la cola, no se movía, era de un color parecido al de la tierra. Ella estaba mirando un árbol de limones. Advirtió de todas formas su presencia, al volverse.

En lugar del pánico le sobrevino una calma inmóvil. Tampoco el reptil se movió. Después, lentísima, centímetro a centímetro, fue desplazando su cuerpo. La serpiente se quedó mirándola.

—Tengo miedo a los reptiles, no entiendo por qué no en aquella ocasión, a tan corta distancia.

Porque estabas en un jardín, le digo. Desde lo de Eva es archisabido que una mujer junto a un árbol y una serpiente sabe bien lo que hacer.

—No sé si eres un sabio o un majadero.

—Soy un anciano, un término medio entre el cuerpo y su sombra.

—Pues fíjate que a mí me pareces mucho cuerpo y nada de sombra.

En mi tierra, sombra es un vaso de vino. Tomo otro, un tinto desvaído. No sé qué pescado me encuentro en el plato, junto con la salsa.

En las mesas cercanas están sentadas otras parejas. Parece que aquí no se admite a los impares, le digo.

—Me gustaría hacer contigo la travesía de los contrabandistas.

No pregunto por qué. Me imagino que quiere probarla como meta turística, verificar si es practicable.

No pregunto por qué, no está bien preguntarle a una mujer sus porqués. Es menos inconveniente preguntar la edad, en vez de las razones. Se la obliga a inventarse una. Me hablo a mí mismo mientras espero para responder. Siento una oposición interna:

no acompañé al periodista, ¿por qué tendría que hacerlo con ella? El conflicto interno dura en mí lo que un silencio molesto. Lo resuelvo con un acuerdo.

Se puede hacer a finales de la primavera, según la nieve acumulada en invierno.

—¿En invierno es imposible?

Se convierte en alpinismo. Pide datos de longitud, horas, desniveles. Me muestro vago: cien metros escarpados son peores que quinientos de ladera.

Ha estado en el Himalaya, acompañando a algunas excursiones. Me habla de Isla de Pico, seis mil metros, cuya cima se asoma a la gigantesca cara sur del Lhotse.

Eres más alpinista que yo, le digo.

—No, fui con guías, enganchada a cuerdas fijas hasta la cima.

Me habla de aeropuertos de pista corta entre esas montañas. Los aterrizajes se producen en pendiente, el avión en lugar de bajar sube y toca tierra frenando en una rampa. Para los despegues, en cambio, se deja resbalar el avión en caída libre hasta el final de la pista, luego remontan.

Anda que no has visto mundo, le digo.

—Visto, efectivamente, pero sólo visto, el menor de los sentidos. Es necesario estar en el mundo para entender algo. El té que nos preparaban los porteadores donde ya no había vegetación se hacía quemando los excrementos secos de los yaks. Los recogían mientras los animales acarreaban la carga. A una como yo le hace falta un guía en cualquier rincón del mundo para poder moverme con un grupo detrás. Así que admiro a quienes saben apañárselas por su cuenta en los espacios abiertos.

Le pido la dirección del rabino. Dejamos la sala sin la menor alusión a la cuenta que hay que pagar. Es un detalle por su parte no liquidarla mientras estoy con ella. Gracias, señora, le digo.

—De nada, señor contrabandista. ¿Te vienes a mi casa?

Ni digo nada, me cuesta creer que esta mujer desee hurgarme bajo la ropa.

—No te pregunto si te gusto. Te pregunto si te apetece.

Llevo tres días sin ducharme, le digo, aunque quizá sean cuatro.

—Ya te duchas allí.

Tengo una cita con el rabino, nos vemos en el puerto. Es joven, está casado, trabaja en algo de arte moderno, es astrónomo por afición. Ha descubierto algunas estrellas.

—Sabemos que el catálogo es infinito, agregar una nueva no es nada especial, pero cuando ocurre lo que me sale es aplaudir al cielo. A nosotros, los varones, no nos está consentido traer al mundo una vida nueva. Podemos agregar una estrella al catálogo.

Pregunto si conocer más estrellas, más distancias supone aumentar el conocimiento o simplemente engrosar un archivo.

Dice que queremos rebuscar en los confines del universo.

Al parecer no nos concierne, digo yo.

—Es verdad, pero no somos libres para dejar de hacerlo. Pertenecemos a una especie de pertinaces.

Es un día límpido, nos encaminamos siguiendo la orilla. Le hablo de mi encargo, ya está al corriente. Conoce al artista del crucificado, ha visto en una casa una escultura suya de un perro erguido sobre las patas traseras, un himno a la alegría.

Siente curiosidad por conocer a quien se le ha encomendado al final la restauración de la molestia. Así lo llamaba su padre, un sastre, cuando tomaba las medidas para unos pantalones de hombre. Le preguntaba a cada cliente a qué lado, a la derecha o a la izquierda, llevaba la molestia. Había anotado en un cuaderno las respuestas más meritorias.

Yo no sabría qué responder, cambio a derecha y a izquierda allí también.

—Siento curiosidad por saber a qué lado lleva la estatua la molestia.

No lo sé, a causa del principio de la erección. Se queda de piedra.

—No se meta, olvídense del asunto. No se imagina en qué zarza ardiente se está enredando.

Ya no puedo echarme atrás, he quitado el drapeado, estropeando las partes cubiertas. Al igual que en la escalada, también en una escultura hay un punto de no retorno, más allá del cual sólo se puede seguir hacia delante.

—Vuelva a ponerle el drapeado.

Era de granito y ahora está hecho añicos.

Caminamos contra el viento mientras le cuento mi impulso de compartir el punto de vista del escultor: quiso identificarse con el sujeto, subir con él al último escalón. El atisbo de erección es el detalle más conmovedor de todas las imágenes cristianas, el culebreo de la vida que se opone. El escultor no volvió a esculpir nada más, lo encontraron muerto de frío en las montañas, medio desnudo. En cotas altas, no entre nosotros, un alpinista afectado por un edema cerebral comienza a desnudarse incluso en una tormenta. Cree sentir calor.

En el caso del escultor el edema no tiene nada que ver. Se trata de voluntad de imitación. La estatua tiene la piel de gallina.

Cambiamos de dirección. Ahora el viento nos empuja por detrás, las palabras corren por delante de nosotros. Le pregunto por la comparación de Jesús con la serpiente.

—Para nosotros, la explicación radica en el valor numérico de las palabras hebreas. Al carecer de números arábigos, usamos las letras del alfabeto para

representarlos. Una palabra es también una serie de números, una suma. Dos vocablos con el mismo número forman siempre pareja, como sucede con las rimas. Y ocurre que la palabra *serpiente* tiene el mismo valor numérico, la misma suma de letras que la palabra *mesías*. Él es un judío instruido y está hablando a otro judío instruido, capaz de captar el significado de la comparación. Como se elevó la serpiente, así tiene que ser elevado el mesías.

Para vosotros, como para los cristianos, se produce aquí una revalorización de la serpiente.

—La cuestión es que aquí ese hombre se declara mesías. En sus tiempos no tenía el mismo valor de momento terminal del mundo. Podía ser un sacerdote o un rey, ungido con aceite especial. *Mesías* proviene del verbo hebreo *ungir*. Aquí se produce un cambio de significado del título, que se convierte en la meta de la historia. Aquí se le está poniendo una mayúscula al *mesías*, ausente en hebreo. El escándalo es de gran alcance para los oídos de sus contemporáneos. Tiene consecuencias políticas: si el fin del mundo está cerca, ¿de qué sirve luchar por la independencia contra la ocupación extranjera? Si el Mesías es el sábado del mundo y hoy ya es viernes, es mejor echar cuentas con la propia conciencia y esperar.

»Ésa es su novedad, insoportable. Nadie quiere ser coetáneo del fin del mundo.

Le doy las gracias, he oído lo suficiente para profundizar en mi confusión. La frase le gusta, porque después me dice que ha cambiado de idea.

—Ejecute la restauración.

Nos despedimos con mi promesa de tenerlo al corriente.

A la hora de la cena un pescador trae una copia del Corán, extraída con las redes. Se la entrega al obrero argelino. Las páginas están hinchadas de agua marina y de salitre secado por el viento. El obrero lo recibe con las dos manos abiertas cual bandeja, besa el papel. El pescador dice que suben a bordo todo tipo de equipaje, incluso los cuerpos deshechos de quienes lo llevaban. A éstos los devuelven al mar con la plegaria del eterno descanso.

Pienso que a mí no se me ocurrió nada que decir, al enterrar los restos de quien intentó cruzar solo. Puse sobre él un montón de piedras, para dejar una señal.

El pescador también ha recogido libros. Se asombra de que alguien los añada al bulto mínimo permitido por los contrabandistas, robando espacio para un par de zapatos, un jersey de lana. El obrero argelino interrumpe la cena, pasa las páginas y las alisa. El pescador no se marcha, tal vez esté esperando una recompensa. El obrero argelino está conmovido, no dice nada más que gracias.

El nombre *contrabandista* me hace intervenir. Pienso que yo también he reducido el equipaje de las travesías. Digo que un libro sirve como amuleto, como compañero de viaje, como ángel de la guarda. Para quienes lo consideran sagrado, sirve también

de pasaporte. Donde yo vivo, por la frontera pasan hombres con esas páginas impresas.

—¿Cómo lo sabes? ¿Eres un aduanero, vigilas los equipajes?

Aprécia poco mi intervención, estoy distrayendo al obrero, no obtendrá su propina.

No soy aduanero. Contrariado, el pescador se marcha.

—Es nuestro libro sagrado. Salvado de las aguas es más sagrado aún. Hay un faraón moderno que ahoga a bulto a mujeres, hombres, libros y niños.

Me habla mientras me termino la sopa. La suya se enfría en el plato. Sigue pasando y alisando las páginas, una por una, con el dorso de los dedos, el lado menos áspero de su mano. Me dice que él llegó hasta nosotros por el mar con ese libro en la bolsa.

En la gran sala estoy forrado con cuatro capas, llevo una boina calada hasta las orejas. La he cogido en el puerto, cada pescador tiene una fija en la cabeza.

Pulo las partes estropeadas por el desprendimiento. En contacto con la superficie me percato del estiramiento de los músculos abdominales de la estatua, debido al forzado alargamiento de la posición. Bajo el papel de lija noto las fibras esbozadas, invisibles para quien observa.

Recorro las franjas musculares bajo la piel, la anatomía del cuerpo del escultor copiada y trasladada a la obra. Achaflano, igualo, elimino lentamente las huellas del drapeado, engorroso incluso desprendido. Las caderas están excavadas, los huesos pélvicos sobresalen como dos paréntesis. En medio se sumerge el ayuno de un atleta.

Trabajo en los bordes para quitar la tela, donde la piel de la estatua está desollada por los latigazos. En la espalda, sólo en la parte adherente a la cruz, el cuero ha excavado heridas en forma de fiordo. Donde el golpe se ha hundido, la superficie es kárstica.

Viene a verme el sacerdote, muy abrigado. Le preocupa el frío, lleva un recipiente de té caliente. Estoy acostumbrado a los inviernos y el lijado me hace entrar en calor. El cuerpo, al trabajar, produce el mejor calor, el que tiene su origen en el interior. También la estatua suda polvo de mármol.

Hago que toque los músculos del abdomen, invisibles, en las partes ocultas por la tela. Se asombra de su perfección. Es el signo de hasta dónde ha llegado la voluntad de imitación del escultor, prestando su cuerpo a la estatua.

El sacerdote cita las palabras de un tratado de 1400, *Imitatio Christi*.

—Séame por tu nombre amable y deseable cualquier prueba o tribulación. —Comenta—: Así las penas del crucificado se convierten en palestra para ascetas,

ejercicios repetidos por admiración.

Le cuento mi impresión, que el escultor se colgó con las manos de una viga para poner a prueba el prolongado estiramiento de los abdominales. Se comprende por la posición adoptada, la definición de los músculos pectorales de la estatua. Sirven al cuerpo para resistir la compresión del tórax.

Le enseño un punto contraído de la piel bajo la última costilla, donde se ve la arruga producida por un calambre. Aquí no asistimos a una lección de anatomía, sino a la experiencia de una identificación física entre sujeto y autor. No usó modelos, no descargó en otro el sufrimiento de la posición para copiarla a distancia. Quiso conocerla desde dentro. Más que entrenarse, se persiguió, para alcanzar la meta de la imitación.

Mientras hablo el aliento sale contra el frío en forma de vapor. Es febrero, en los cristales está fija la escarcha. Me sirve té caliente, quiere que me lo beba. Por mi parte, me doy cuenta de que estoy tratando de imitar al escultor. El intento es de segunda mano, imito al imitador. También así me infundo una temperatura desconocida antes.

Al final del día emerjo al aire libre para mover las piernas. Las manos descansan en los bolsillos. Necesito poner algunos kilómetros bajo los pies. Sopla el viento de tierra, las olas llegan contrarrestadas. La cara se relaja de la mueca del trabajo, los ojos fruncidos, la boca contraída. Se deja allanar por las ráfagas de aire, un masaje que exprime un par de lágrimas.

Me retiro a cenar por la noche, me siento junto a la alegre estufa de madera que crepita y chisporrotea. Se ve la llamita por un ventanuco de cristal. Mientras aguardo el plato me quedo dormido, con los brazos cruzados, la cabeza apoyada en el pecho. La dueña me deja descansar, mantiene el plato caliente.

Cuando abro los ojos debido a un golpe de tos, la mujer está sentada enfrente. Me froto la cara, trago saliva. Lleva el pelo encerrado en un gorro de lana. Lanzo un suspiro.

—Me he invitado.

—Has hecho bien, te debo una cena.

Está a punto de irse, acompaña a un grupo que va a ver ballenas a las costas argentinas. Me pregunta si me voy con ella, se ha liberado una plaza, sólo habría que pagar el vuelo aéreo, quince días.

—Prefiero las anchoas, pero gracias por haber pensado en mí.

—La otra noche me gustó tu espalda. Sin peso en las caderas, fuerte en la unión con el cuello. Si Jesús hubiera sido crucificado a los sesenta años, tendría tu talla.

Gracias por el cumplido que me concede una alternativa a la escultura. Puedo hacer de modelo anciano. Con ella se me hace fácil bromear.

La dueña aparece con dos platos. Mientras dormía, han hablado, se sonríen. Escucho su historia de las ballenas vistas de cerca.

—Huelen a musgo, vienen con sus crías para presentárnoslas, se fían de nosotros. Se mueven despacio para no levantar olas. ¿Sigues prefiriendo las anchoas?

No, ahora prefiero las ballenas, ¿cuánto cuesta el kilo? Me sorprende diciendo tonterías. En combinación con mi cara sería le hacen reír. De eso puede enorgullecerse un hombre, de la risa de una mujer. O tal vez se ría para que me ponga contento, por una especie menos conocida de caridad.

Ella toma un segundo plato, yo me planto en el primero. El vino es el de granel de la colina que hay a nuestras espaldas. Lo hace la dueña en su viña. Aprecia las alabanzas sobre su cosecha, más que las de la comida. Dile que le sale muy bien, le sugiero.

Me pregunta si no me importa comer solo por la noche en un lugar público.

Soy un hombre que puede permitirse que le preparen una comida caliente, sentado ante una mesa puesta. Ni siquiera tengo que lavar la olla ni el plato. Puedo permitirme esta comodidad gracias a un oficio aprendido a fuerza de hacer y de mirar hacer. Me pago una cena y una habitación: ¿por qué debería importarme?

He sido bendecido por la suerte que me ha concedido incluso una buena salud. ¿Cuántos hombres en el mundo se las apañan tan bien? Hablo en voz baja para no exhibir la buena fortuna que me protege. Un filósofo antiguo recomendaba vivir a escondidas.

—Epicuro.

Sí, ese mismo, vive a escondidas, en voz baja, no te señales presumiendo de tu suerte. Tengo más de lo necesario y si me falta algo, no me doy cuenta.

—¿Así que de eso está hecho un hombre? ¿De lo que lleva en el bolsillo? —pregunta irritada.

No. Un hombre no, sino la dignidad de bastarse a sí mismo, sin ser una carga para los demás. Se percata de la distancia entre su tono y el mío, trata de cambiar de tema.

—Entonces ¿me acompañarás gratis, aunque no esté huyendo?

Te acompañaré. No debo saber por qué lo necesitas. Te acompañaré porque allí arriba, en la frontera, las montañas se amontonan unas sobre otras y ocupan la tierra y el cielo. Se las apaña solo quien sabe avanzar con niebla y somos pocos. Te acompañaré para corresponder a tus atenciones.

Esta vez lo lamenta. Estira la mano hacia mí cruzando el pan y los vasos.

El local se va vaciando, los obreros se retiran. Nos levantamos para facilitar el cierre. Trato de hacer la misma maniobra que hizo ella en el restaurante, pagar la

cuenta en otro momento.

—Esta noche invita la casa —dice la dueña, y bastan las sonrisas para dar las gracias.

Al aire libre le pregunto qué cumplido le ha hecho al vino para conseguir que nos haya invitado a cenar.

—Le he dicho que se le parece.

—Buena ocurrencia, eres una mujer de mundo, que sabe cómo comportarse incluso en las tabernas.

—Sí, soy una mujer de este mundo. ¿Tú de qué mundo eres?

—Me parece que de éste, aunque no de este tiempo. Soy del 1900. A veces pienso que del 1900 antes de Cristo.

—Tiene que ser eso. Un hombre de este tiempo se iría con una mujer de éste a rozar las ballenas.

—Tengo que cuidar del mármol.

—Una materia milenaria que no puede esperar dos semanas. Pues eso, que no eres de este mundo.

Dejamos en paz el mundo y nos vamos al cine.

Vemos la historia de un hombre que salva a un niño, un vecino, extranjero, con un final sorprendente. Me conmuevo.

—¿Lloras en el cine?

Si me lleva a ese punto, sí, no me opongo.

Ella no, ve la película observando los encuadres, las actuaciones, el montaje. Le atrae la construcción. A mí se me escapa todo, excepto la historia. Ella se queda a leer la multitud de nombres de los títulos de crédito, para rendir homenaje al trabajo de todos los involucrados. Aprendo que ha de hacerse así.

Por segunda vez vamos a su casa. Al entrar en el portal nos cruzamos con un hombre. Está a punto de decirle algo, se percata de mí detrás de ella, se detiene, nos deja pasar. Lo miro con el rabillo del ojo, me evita. Huele a loción de afeitado. El encuentro dura un segundo o dos.

Mientras nos abrazamos con ímpetu en su habitación, se me viene a la cabeza, con la evidencia de un recuerdo, la idea de circuncidarme. La intención me da el empuje para la hora que sigue.

Busco a un médico, un dermatólogo, no para mí. He hecho un descubrimiento acerca de la estatua. Quito con la mano el polvo de mármol que ha caído a los pies del crucificado. Justo allí noto al tacto una sensación de pequeñas escamas. Las aprecio sólo en sus pies.

Me preocupa que el artista se haya tomado una libertad impropia. ¿Se habrá imaginado una enfermedad, una lepra? Cómo explicarlo: ¿porque ha de cargar él con las plagas ajenas? Entonces hubiera debido añadir ceguera, sordera, parálisis. Por más que un espectador no pueda ver lo que he descubierto, debo advertir al sacerdote. Le pregunto por un dermatólogo.

—Un dermatólogo para una estatua, nunca había oído nada parecido. —Y viene a comprobarlo. Toca, se sopla en los dedos y toca de nuevo. Me mira y sonrío.

—No es una enfermedad, no es lepra. Esto son escamas. Se está convirtiendo en pez, según el escultor.

Se da cuenta de que no lo entiendo.

—El pez es el primer símbolo cristiano. Lo encontramos en las catacumbas. Viene del griego *Iesus Christos teù uios soter*, Jesucristo de Dios hijo salvador. Las iniciales de la frase en griego dan el nombre *ichthus*, pez. El escultor ve en el momento de la muerte la transformación del cuerpo en símbolo de salvación.

Empiezo a entender. Primero la piel de gallina del frío, después las escamas: el crucificado no ha de ser admirado desde lejos, sino tocado. Aquí hay una obra que sólo se revela con la caricia.

En el instituto estudié el *Apolo y Dafne* de Bernini. La ninfa se transforma en planta de laurel para oponerse al abrazo del dios. No quiere, me gustó su carácter.

Replica mi gemelo, el pensador. El crucificado no se sustrae, renuncia a su voluntad, convirtiéndose en el injerto de un hombre en un árbol.

Tan pronto como me aparto en un recuerdo, se asoma él con sus conclusiones extravagantes. Me las guardo para mí, pero me agrada su interés por este trabajo. Llevaba muchos años sin dejarse oír.

El sacerdote me invita a continuar la conversación en la rectoría, donde hace más calor.

—Este descubrimiento añade valor a la obra.

Se congratula conmigo, me abraza, su sotana se blanquea de polvo de mármol. No se lo sacude. Extraño escultor, uno que quiere ser percibido por los ciegos.

Nos ponemos a hablar del crucificado.

—Creo en la verdad de esta historia porque no podría ser inventada. Creo en su verdad que en su ápice es inverosímil y no se rebaja a concesiones con lo aceptable. He leído a los grandes escritores y nadie alcanza la temperatura de la revelación. Para albergarla no basta sólo un lector, se necesita una catapulta de amor que salga al encuentro. En ese instante experimentamos también el mayor de los miedos.

¿Qué tiene que ver el miedo con el amor?

—Si no lo sabes, es que aún no has amado. El amor alcanzado coincide con el mayor miedo: el de perderlo. Como sacerdote, mi temor estriba en el peligro de perder la fe. No soy propietario de este sentimiento, soy un interino a prueba. Cada

día puedo ser despedido por insuficiencia. Tú, como hombre, ¿no has vivido en el entusiasmo del amor el temor a perder al ser querido y, por lo tanto, a perderte a ti mismo?

Me parece que no. No me creo capaz de ser suficiente para una mujer. La perdí, pero sin miedo.

—Escucha lo que dice el Cantar: «Jardín cerrado eres tú, hermana mía, jardín cerrado y fuente sellada». Es el mayor temor de él frente a ella, ser excluido del recinto, sediento delante de un manantial seco.

No he conocido esa clase de amor. Por mi expresión confusa el sacerdote cree haber exagerado, se disculpa. No debe hacerlo, aprendo con mucho gusto estas últimas nociones acerca de un sentimiento célebre.

Va a informar al obispo, yo vuelvo a la estatua. Donde lo alto de la espalda se apoya en la cruz, hay adherencia entre el cuerpo y la madera. Allí la tarea de esculpir resultó difícil. Más aun en el estrecho hueco entre el busto que se retuerce hacia afuera y la cruz. Hay espacio para introducir la mano y tocar las vértebras. Las franjas musculares a ambos lados de la espina dorsal muestran la definición de un intenso entrenamiento.

Su proporción ideal entre potencia y peso lo hubiera llevado hoy a hacer escalada. El escultor fue alpinista antes de la guerra, después combatió en las montañas con las tropas alpinas. Prestó su cuerpo al crucificado. En eso debió de consistir su vértigo, en imitarlo permitiéndose la intimidad de intercambiar su cuerpo con él.

Retiro la mano del hueco entre las vértebras y la cruz, donde se ha esculpido la curva del esfuerzo por separarse de esa posición que le aplasta el pecho. Se arquea para robar el sorbo de aire necesario para morir.

En la habitación de un hombre que agonizaba oí decir a una mujer: «Abrid la ventana, de lo contrario no morirá».

Aquí el crucificado, incluso con el viento encima, de cara, se está muriendo de asfixia. Sopla el viento, sí, sus cabellos están revueltos y movidos hacia un lado.

Informo al rabino de mi intención de hacerme circuncidar. El objetivo es aproximarme. No hace ningún comentario, me da la dirección de un médico y añade una tarjeta suya como acompañamiento.

Me encuentro con un hombre de mi edad, próximo a la jubilación, amable, bien vestido. Me explica la intervención y la duración de la convalecencia.

Comenta mi voluntad de acercamiento a la estatua.

—Es como si un actor que tiene que interpretar un personaje musulmán o judío se hiciera circuncidar para sumergirse en el papel: un método Stanislavski llevado al extremo.

Es un apasionado espectador de teatro, en su juventud actuó en una compañía de aficionados. Le gustaba el drama, la identificación con el personaje le duraba varios días después de acabar las representaciones.

—Hace falta un personaje nuevo para sacudirse al otro de encima.

Me informa de que la intervención se realiza con láser.

—Es la llegada de la máquina de coser a donde antes se hacía todo a mano alzada. Se ahorra tiempo al paciente y se añade precisión. En la medicina las técnicas cambian, pero sólo los que hemos aprendido a hacerlo a la antigua sabemos qué hacer en caso de fallo de la máquina de coser.

Tengo que hacerme análisis, después, en un mismo día, la operación y el alta, dice. Estoy de acuerdo, me doy el alta a una natura nueva.

Voy a la biblioteca a leer la historia de la primera circuncisión. La inaugura Abraham, como sello de alianza con la divinidad. Tiene noventa y nueve años cuando realiza la intervención, primero en los varones de su casa, después en sí mismo. El mismo día que encuentra a la divinidad afila el cuchillo.

Me imagino el estupor de sus sirvientes, luego su sumisión. Se someten a la imprecisa cirugía del primer practicante. La historia sagrada avanza con prisas, no se preocupa por ellos. Un escritor habría redactado un centenar de páginas entre la orden y la ejecución.

Pienso en el primero de los sirvientes que se desnuda, sin saber nada de lo que sucede. Su nombre debería haber sido escrito y recordado.

La estatua es de tamaño natural, el cuerpo mide aproximadamente un metro ochenta en un estado de forzado alargamiento. El extremo del madero lo sobrepasa otros veinte centímetros. Subo con una escalera para ver desde lo alto. Veo los músculos del cuello, los bíceps estirados, los tríceps en relieve debido a la torsión.

Miro hacia abajo, me percató de que el punto de vista es panorámico, desde aquí arriba se ve Jerusalén. Es la hora del ocaso de un viernes, está a punto de entrar la noche del sábado. Se apagan los ruidos en espera del cese total de la actividad. Él muere justo antes, mientras que la última luz enfebrecer el blanco de las murallas.

Apoyo mi mano en lo alto de la cruz, toco algo grabado. Enciendo la linterna, supongo que será la firma que falta. Limpio el polvo, veo tres signos que no conozco. Los copio en una hoja.

Voy a la biblioteca para comprobar si son letras griegas, pero no coinciden. Voy a ver al rabino, las mira.

—*Ura*, despierta.

No me lo dice a mí.

—Es la invitación dirigida a la divinidad en el salmo 44. ¿Está en la estatua?

En lo alto de la cruz, pregunto qué hace ahí.

—El escultor, con ese verbo, pide al crucificado que despierte. Es una invitación a la resurrección, que es la novedad del cristianismo, su mandamiento añadido.

Según cuanto me dice, *ura* pasó después al grito de júbilo ¡hurra! Grabado en la cruz convierte la madera en escritura.

—El cuerpo del crucificado sirve de puente entre el Antiguo y el Nuevo Testamento. Por mi parte sigo considerando los cuatro Evangelios como libros del Antiguo. El Nuevo comienza con la muerte del crucificado, con los hechos de los apóstoles.

Con estas explicaciones me siento de nuevo en la mina, en las galerías con luces de acetileno. En lugar de carbón, oigo excavar significados. Los detalles se agrandan como en los túneles a causa de las sombras del haz de luz. No se lo digo, no vaya a ser que se ofenda.

Le hablo de las escamas de los pies. Me pregunta si puede ver la estatua. Tengo que pedir permiso.

La intervención ha sido breve, una picadura de anestesia y menos de media hora. Vuelvo caminando con las piernas abiertas, como uno que ha mojado los pantalones. Me duele, me aguanto. He querido esta modificación y hacen falta cuatro semanas de asentamiento. Ahora puedo decir dónde llevo la molestia.

Me hago con un bastón, finjo un esguince. La mujer se ha ido a ver sus ballenas. Yo aquí, circuncidado. Me siento miembro de una confraternidad. Me quema. Necesito frío. La primera noche duermo mal, me visto, salgo a la calle.

Voy a dar un paseo por la playa, me adentro en la arena, me mojo la cara. Pienso en las travesías. En la ida me detengo en un arroyo. Creen que hay que cruzarlo, no ven pasarelas. Me siento, comprenden que es una parada. Quiero que escuchen el estruendo de las aguas, mientras permanezco en silencio entre ellos, una especie de minuto de recogimiento. Meto la cara en la corriente, me enjuago las orejas.

Remontamos la orilla del arroyo hasta donde desaparece. Pasamos del ruido de las aguas al crujido de nuestros pasos en la grava.

Las olas cercanas me llevan de nuevo a aquel lugar y a ese momento. Camino hasta el final de la noche. Me cruzo con los pescadores que se dirigen a los barcos. Hay un bar abierto para ellos. La oscuridad se descolora, el alba da comienzo con efecto disolvente, después la noche se deja levantar como un cierre metálico. Aquí no hay gallos que se suban a un montículo para chillar hacia oriente. Aquí crepita el motor diésel de barcos que parten.

Entro en el bar, me caliento con un café largo, escucho las conversaciones sobre el invierno y los amaneceres que van ganando luz. No entran mujeres. Las gargantas de los hombres graznan carraspeando los primeros buenos días.

Le explico al sacerdote que tengo que hacer una pausa. Los restos de la tela han sido eliminados, debo pasar a la reproducción de la natura que falta. Todavía no he encontrado el mármol adecuado. Le digo que me hace falta observar estatuas de desnudos de la Antigüedad, para lo que me voy al Museo Arqueológico de Nápoles. Estuve allí en el siglo pasado para estudiar la cerámica y los bronce de Vincenzo Gemito, después de mi bachillerato artístico.

En aquel momento de mi juventud sentía la necesidad de maestros. Me atraían Nápoles y París. El cambio entre las liras y los francos era humillante, me quedé sólo dos días y una noche, clavado en el Museo Rodin desde la apertura hasta el cierre.

Con el mismo dinero estuve en Nápoles un mes entero. A Gemito no le gustaba el mármol porque no se dejaba moldear por los pulgares. Sus obras son de pequeño tamaño, los críticos le reprochaban que constriñera su talento en las miniaturas. Tenía su propia y precisa escala reducida de la realidad. Sólo la traicionó con la estatua monumental de Carlos V en la fachada del Palacio Real, su obra menos lograda. Veneraba la autoridad regia. La sentía consanguínea, porque era hijo de padre desconocido, es decir, posiblemente de cualquiera, incluso de un rey.

Gemito necesitaba la cocción del horno, que repite la huella del sol en la piel de sus modelos, niños desenfrenados por la miseria. El bronce brillaba por su sudor.

El arte era para él pagano, no cultivó temas sagrados, no trabajó para las iglesias. Me vendrá bien volver a una época precristiana, a la ciudad de nombre griego, Nápoles, y de planta romana. Hace cuarenta años estudiaba los pequeños tipos desnudos de Gemito. Ahora me afo con adultos desnudos.

Recuerdo aquel mes. Un portaaviones gris, plancha que alisaba el mar frente al Castel dell'Ovo. Desde su puente brincaban los aviones como saltamontes. Era teatro, cine y estruendo de motores, Estados Unidos en el golfo.

Uno que proviene de los bosques y de una aldea se ve de pronto en Nápoles, saliendo del tren en medio de la plaza del ferrocarril. Debe estudiar la situación. La dificultad inmediata estriba en cruzar. Observo lo que hacen los transeúntes para llegar a la orilla opuesta de la acera. La corriente de automóviles es continua.

Hacen lo siguiente, bajan de la ribera mientras el flujo discurre indiferente a su presencia. Avanzan en el vado rozados y rodeados por los coches como piedras que afloran. Prosiguen expeditos hasta la orilla opuesta. No es que para ellos se abra en dos el mar Rojo, pero es un mar rojo local, elástico, fluye esquivando el pueblo en marcha. Lo acoge y lo coloca ileso al otro lado. Me quedo mirando. Tomo asombradas notas visuales sobre la dinámica, sin decidirme a experimentarla. La obligación estriba en no dudar una vez metido en la corriente. El mar Rojo sopesa al

intruso si su paso es decidido, pero se vuelve colérico e impetuoso ante muestras de incertidumbre y arrepentimiento.

El cruce debe hacerse con convicción, como cuando en las montañas uno se arremanga los pantalones hasta las rodillas antes de vadear un arroyo con el calzado en la mano. Hay que darse prisa para no congelarse. Casi no llevo equipaje, una mochilita que me quito de la espalda para camuflarme. Aguardo a que alguno del lugar se sumerja delante de mí en la corriente. Un viejo se percata de que no tengo práctica.

—Péguese a mí.

Obedezco con la adherencia de una sombra, y con el bastón en la mano para tener a raya la crecida. Me veo rozado por dos coches, tomado en brazos por un motociclista. Al final me encuentro ileso, doy las gracias y de aquí en adelante sabré cómo hacerlo.

Comparo la ciudad que veo con la de antes. Los hombres de color no llevan el uniforme blanco de los marineros norteamericanos, sino que exponen sus mercancías desplegadas en una sábana sobre las aceras.

No oigo las voces que se llamaban desde un balcón a otro. Me reencuentro con el librero Raimondo, que me proporcionó el libro de Salvatore di Giacomo sobre la vida de Vincenzo Gemito.

Me hizo de guía en las visitas a las colecciones privadas. Era un admirador del escultor y le gustaba el interés de un estudiante del norte venido a compartir su predilección.

Conserva la misma librería, pequeña y con el importante letrero DANTE & DESCARTES. ¿Y esa ocurrencia de reunir dos nombres tan ilustres?

—Dante explora el más allá del límite de la vida; Descartes, el más acá.

Da respuestas cortas, como entonces, acostumbradas a las preguntas de los clientes. Lo reencuentro en su sitio con la misma prontitud ante los títulos requeridos, pescando en la memoria de un inmenso catálogo mental. También su voz se ha mantenido en el semitono de la cortesía.

Se acuerda de mí: gran virtud de los príncipes, entrenados desde la infancia para reconocer la fisionomía de los súbditos, de modo que se sientan así gratificados por la importancia dada por el soberano a cada uno. Su Majestad me conoce: los reinos se han conservado así, como los clientes.

A la hora del almuerzo me acompaña a la explanada frente al Palacio Real. Volvemos al sitio de la primera visita, la estatua de Carlos V, uno de los ocho reyes esculpidos en la fachada. El último es Víctor Manuel II, añadido más por obligación que por

residencia efectiva. Un ilegal en Nápoles, me comenta en la cabeza mi hermano el gemelo.

Carlos V fue ejecutado en mármol por un escultor siguiendo el yeso original, trabajado por Gemito. El resultado de la copia disgustó al autor hasta la agresión física.

Paseamos por delante de las otras siete estatuas, muy estiradas, de Roger II el Normando en adelante. Carlos V, embutido en su armadura, sobresale por su expresión concentrada, los rizos desordenados propios de quien desde un acantilado se está grabando en la memoria el horizonte. Se merecería tener delante el mar, en vez de la pesada columnata semicircular que pone la plaza entre paréntesis.

Le cuento al librero el propósito de mi visita a los desnudos precristianos. Se ha enterado de lo de las travesías, me pregunta si es verdad que las hice gratis. Repito la diferencia, primero me embolsaba, después devolvía. Está de acuerdo con la aclaración, dice que es cartesiana. Es su forma de tomar el pelo, rápida y queda. Le digo que es más arriesgado cruzar las calles de Nápoles.

Su hijo se ha asociado al oficio, abriendo una librería con el mismo nombre en la piazza del Gesù. Una verdadera filial, digo, sonrío por complacerme, se ve que no es una ocurrencia nueva para él.

Hablamos de Gemito, de sus representaciones infantiles. La gravedad radica en la falsa sonrisa, de comerciante, del pequeño vendedor de agua sulfurosa.

La desnudez del cuerpo es la castidad de la miseria. Que sean los pedófilos los que la malinterpreten, los extranjeros de la época que venían a comprarse el abuso. Para nosotros, la infancia de las esculturas de Gemito, sojuzgada a un trabajo, es un acto de acusación. Los cuerpos enjutos por el hambre son aprendices de supervivencia.

Recordamos intactos nuestros comentarios de entonces, definitivos.

Le acompaño de vuelta a la librería. Antes, resolvemos la comida con dos *sfogliatelle*, de hojaldre para él, de harina para mí.

Llego al Museo Arqueológico, aislado en un anillo de motores en marcha. En el vestíbulo su estruendo desaparece.

Heme aquí en un lugar sagrado, de una sacralidad extinguida. Las estatuas de las divinidades se han desendeudado del culto y del comercio con la especie humana. Ha quedado una majestuosidad que no depende del humo de los altares. No están en el exilio, se han reunido en asamblea en el interior del museo, en oposición al dios exclusivo y único del monoteísmo. Más antiguas que su revelación, mantienen un sentimiento de superioridad respecto a la última divinidad en llegar, que les hizo la

ofensa de ignorarlas. No albergan resentimiento. Han sido honradas por poetas, filósofos, dramaturgos, artistas de mosaicos y de esculturas. Han hablado las sabias lenguas del griego y el latín, han habitado en las entrañas de los volcanes, en las cumbres nevadas, en el fondo del mar. Han sido habitantes del mundo, no del cielo.

Con la mochila al hombro y el bastón de sostén para mi andadura de piernas abiertas, me desplazo por los salones tibios y desiertos. En uno de ellos está plantado un desmesurado Hércules apoyado en una maciza clava. Está desnudo como las demás obras. Calculo a ojo la proporción entre la masa corporal y la natura: la centésima parte. Plantada en el centro de la estatua, es como un semáforo en la intersección. El visitante masculino la estima y conmensura.

En una sala me topo con el busto de Epicuro. Me detengo, trabados mis pasos por los pensamientos. Con la mochila y el bastón debo de parecer un peregrino llegado a su meta. Se acerca un vigilante, me pregunta si soy un admirador. Y añade inmediatamente que él sí, Epicuro es su favorito.

Ronda los cuarenta años, el pelo le cae sobre la frente, cortado al estilo de la estatua. En los alrededores del museo, un peluquero se ha especializado en cortes de pelo filosóficos.

—Le dejará la barba y el pelo al estilo de Epicuro, de Sócrates, los rizos al estilo de Cicerón. Vaya de mi parte, le hará una rebaja.

De buenas a primeras, delante de Epicuro, me cuenta su vida. Estudió el bachillerato de letras clásicas, después se enroló como voluntario en el ejército, fue enviado a Irak. Luego renunció, se casó, obtuvo una plaza de vigilante. Su pasión es el ajedrez, pero jugando solo. Elabora problemas, finales de partidas. La dificultad radica en construir una sola solución.

Aprendió a jugar en Irak observando a dos ancianos conductores de camión de allí que trabajaban para el ejército italiano. Hacían movimientos muy rápidos, casi sin pensar. Precedían a los convoyes militares, vivían con ellos. Jugaban al ajedrez en cada pausa. Murieron en una mina.

Él juega en casa, sus cuatro hijos montan a su alrededor el debido jaleo. Él dice *ammuina*, en napolitano. Le hace falta el alboroto para concentrarse. El silencio lo distrae. En las salas del museo no entra nadie durante horas. El ruido del bastón le ha causado alegría. Cuando se da el caso, intercambia algunas palabras con algún visitante. Algunas palabras: me recuerda un arroyo de montaña.

Me hace preguntas, de parte de Epicuro, dice. Porque los filósofos interrogan constantemente a los transeúntes, igual que los niños. Contesto que estoy estudiando los desnudos precristianos.

—¿Es que son diferentes de los de después?

Eso es lo que estoy estudiando, no lo sé.

A la hora del cierre me acompaña a la salida. Me invita a su casa. Ni siquiera me conoce.

—Los amigos de Epicuro son mis amigos.

Le doy las gracias, tengo que buscar alojamiento. Nos volveremos a ver en el museo.

He aquí al montañés perdido en la gran ciudad. Así debería sentirme, y, en cambio, no, me siento bien. Debe de ser por el contacto físico; los gestos, incluso sin tocar, acercan, crean buenos vientos. Cada uno va a su ritmo, no da la impresión de estar en un movimiento uniforme. El que tenga prisa, aquí no puede. Hay tiempo para mirarse a la cara. Hago de espectador de caras. Mi paso lento con el bastón es bien recibido, me cruzo con unas cuantas sonrisas de aliento.

He acertado al venir, tengo la sensación de estar ya mejor de la molestia. Localizo una pensión, alquilo un cuarto. Me tomo una pizza con anchoas y regreso. Se encuentra en un callejón concurrido, el bar permanece abierto por la noche.

Por la ventana veo el movimiento, la pensión presta también servicio por horas. Los clientes son hombres, la mitad vestidos de mujer. Hablan poco, en voz baja, pero se mueven con pesadez. Las camas chirrían. Su ruido en mi oído se transforma en un clamor de cigarras y me quedo dormido.

Por la mañana llueve. Reconozco la piedra oscura del adoquinado, el agua la ilumina y la asea. Ha permanecido igual en el recuerdo. En el bar me tomo un café corto que se reduce a un sorbo. Pido otro, que no me hacen pagar.

—Al segundo invita la casa.

¿A todos? No, sólo a los que ellos quieren. El poder de mi bastón; atribuyo a él el segundo café. Ni Moisés siquiera podía hacer brotar café de la roca con el suyo. Pregunto si están abiertos toda la noche.

—Nos turnamos, nunca se cierra, ventajas de una familia numerosa. De noche se trabaja mejor que de día. La clientela es más tranquila, se beben sus copitas, gastan de buena gana. También ofrecemos servicio de habitaciones, cualquier cosa que le haga falta, se la llevamos. Si quiere una pizza, un periódico, compañía, ya nos encargamos nosotros. Usted especifica el artículo y se lo conseguimos en un santiamén.

Doy las gracias y me encamino hacia la colina de San Martino. Llego al Forte di Sant'Elmo, que es un bastión de toba.

Allí estuvo preso Tommaso Campanella, el filósofo más encarcelado de Italia. Se finge loco para esquivar la condena a muerte. Lo torturan durante días para obligarlo a confesar el engaño. Tiene fuerzas para aguantar el envite, llega incluso a cantar a

voz en grito en pleno tratamiento. Acaban por rendirse, dejándolo medio muerto. A veces las ficciones llegan a superar al original. Charlie Chaplin participó en un concurso de imitadores de Charlot y quedó tercero.

Desde los baluartes del fuerte la ciudad es una colada lávica de casas que sólo se detiene cara al mar. El Vesubio, a oriente, tiene un collar de nieve, es una escultura en forma de altar tosco. La boca del cráter tiene la redondez de los hornos. Los pintores lo han representado derramando llamas en acuarelas. Compro una, poco más grande que una tarjeta postal. Se ve una fisura de lava nocturna, una hemorragia que se refleja en el mar.

Raimondo relaciona el sentimiento religioso de la ciudad con las erupciones.

—La licuación milagrosa de la reliquia de la sangre de san Genaro reproduce bajo el cristal la fusión volcánica. El santo es el exorcista del Vesubio, su estatua es llevada en procesión contra el avance del fuego. En Nápoles, el sentimiento religioso no proviene de lo alto de los cielos, sino de las entrañas de la tierra.

He aquí un pueblo que, en lugar de huir por el lado contrario, avanza hacia la erupción detrás de la cobertura de una estatua. La fe inspira los más enfurecidos riesgos.

Me muevo con pasos lentos y la nariz hacia el suelo. Sé caminar por terrenos difíciles, pero aquí siento como si estuviera pisando las brasas recién apagadas de un incendio.

Desde lo alto del fuerte comprendo la renovación de las capas sucesivas, costra sobre costra. Llamándola Nápoles, ciudad nueva, los griegos le otorgaron la predicción de renovarse, de una erupción a otra, de un terremoto a otro.

Bajo de la colina, entro en el subsuelo siguiendo una visita guiada por la ciudad subterránea. Unos chicos del barrio de Sanità han puesto en marcha este servicio. Estaban en medio de la calle y ahora están debajo. Paso a través de vacíos tan espaciosos como catedrales, canteras de toba extraída desde edad temprana, cuando aún estaba tibia. La ciudad es doble. Vista desde abajo, la de la superficie carece de fundamento. En este deambular se me va el día.

Vuelvo al aire libre cuando ya ha oscurecido, la densidad de la multitud aturde después del descenso subterráneo. El estómago vacío se despierta con los vapores de una freiduría. Me siento y me abraso la lengua con una pizza frita con requesón dentro. En una farmacia pido un par de gafas. Las correctas hacen emerger las aristas vivas de las cosas que me rodean, sin matices. Es como el efecto de una bofetada y me las quito de la nariz. Las compro.

La ciudad me hace olvidar la circuncisión. Podría incluso prescindir del bastón, prefiero seguir usándolo. Tengo la impresión de ser mejor acogido por los transeúntes. Me vuelve inofensivo y, por ello, respetable. Regreso de noche a la pensión. El bar está bien abastecido de clientes. En la barra, los hombres invitan a beber a las señoras, después reciben la llave de una habitación. Subo las escaleras con una pareja, los dejo pasar. Me asomo a la ventana y vuelvo a ponerme las gafas. El retroceso de los detalles nítidos me obliga a quitármelas.

El efecto cigarra de las camas de las habitaciones cercanas es esta vez más fuerte.

Me duermo y me despierta una pelea, golpes, gritos, gente que interviene. Hay un herido, llega una ambulancia. Llaman a mi puerta. Un policía me pide la documentación. No han encontrado a nadie en las habitaciones. Le digo que soy cliente de días, no de horas. No les interesa. Quiere saber si he visto algo. Nada, sólo he oído, estaba durmiendo. ¿Con quién? Solo. No me cree. ¿Que qué hago aquí? De vacaciones. Cómo he llegado a esta pensión: buscaba un alojamiento barato. ¿No me di cuenta del ambiente? Sí, pero no me molestó hasta el alboroto de antes. Hablo de los ruidos, no ha habido disparos de armas de fuego. Escribe y por fin se va.

Al día siguiente, hago de nuevo la mochila, la pensión cierra por orden de la policía.

Vuelvo al museo. Esta vez lo recorro sin paradas en las estatuas. Paso entre ellas concentrado en un pensamiento, la diferencia entre estos desnudos y el crucificado. Tiene que haberla, aún no puedo distinguirla.

Me encuentro con el vigilante, me saluda serio, no se me acerca. Debe de ser porque no me detengo delante de Epicuro.

La erupción cubrió Herculano de lava y Pompeya, más alejada, de cenizas. Más tarde, la resurrección de las excavaciones liberó a las estatuas de sus tapaderas, esparciéndolas por los pasillos y las salas. Han pasado más tiempo bajo tierra que por encima, aún están desorientadas.

Salgo del museo con una idea de su desnudez. Quería sugerir a los cuerpos vivientes un modelo que alcanzar. Mirarlos todos los días convencía a las fibras musculares para la imitación. La desnudez de las estatuas era la meta en el espejo de cada uno.

No ocurre lo mismo con los maniqués de los escaparates, utilizados como perchas para la ropa en venta.

La visita a Nápoles acaba. Al sol la ciudad es más física, duplicada por las sombras que se restriegan sobre los cuerpos de los demás, se rozan, se tocan, se emparejan. Hasta el aire denso participa en el intercambio.

Camino despacio hacia los trenes, para tomar el primero que vaya hacia el norte. En la acera de la plaza un chico está sentado con un libro. Delante tiene una escudilla

y un cartel: «Gracias por permitir que siga leyendo». Vacío las monedas que llevo en el bolsillo, por admiración.

La molestia ha desaparecido, queda el vendaje. En el tren me quedo dormido. La ciudad se cierra detrás de los párpados con el grito desde el andén de un vendedor de pizzas calientes.

La gran sala del crucificado está helada, el mármol parece nieve. Lo miro y no sé qué hacer. Está listo, pero tengo que encontrar y trabajar el bloque de la natura.

Voy a ver las canteras. La mayor parte del mármol extraído se vende desmenuzado para el papel satinado de los periódicos. Su eternidad acaba en la maceración de las publicaciones periódicas atrasadas. Cómo convertir un olivo milenario en papel higiénico.

El obrero argelino me explica que sólo extraen cascotes de mármol para las fábricas de papel. Los residuos vertidos en el arroyo espesan el agua y la blanquean.

Saca de un paño un pequeño bloque de alabastrino, extraído de una cantera utilizada sólo para esculturas. Tiene vetas de mostaza, su nombre exacto es travertino al agua claro. No quiere ser pagado. Su uso es sagrado y su religión prescribe las ofrendas.

Existe una economía de lo gratis, algo a cambio de nada, pero como símbolo de mucho. Acepto, es un bloque raro.

Le pregunto qué significa vivir como musulmán.

—Adorar a Dios como si fueras a morir mañana y trabajar como si no fueras a morir nunca.

Una lástima que no podamos bebernos juntos una copa de vino en honor a estas palabras.

Me dice que estoy obligado a hacer una obra maestra. Y cómo voy a hacerlo, digo, no soy brillante, ni magnífico.

—¿Quién crees que eres, si no eres brillante y magnífico? Somos los hijos de la divinidad. Desempeñar el papel de incompetentes no hace justicia a nuestro creador. No es conveniente menospreciarse para no molestar a los que nos rodean. Estamos destinados a resplandecer como hacen los niños. Debemos manifestar con gratitud los dones recibidos. Cuando eres brillante y magnífico, animas a los demás a serlo también.

¿Y tú eres un obrero? Tú eres un predicador.

—Soy un obrero y leo el Corán.

Me siento incapaz de abrir la boca. Pienso en la mujer que quería eso de mí, rechazada por mi inercia. De estar en la mesa, aplaudiría.

—El bloque de mármol que te doy no lo he sacado de los desechos. Lo he extraído del centro del corte. Tienes que hacer tu obra maestra.

Al puerto llegan familias ateridas, que partieron a la buena de Dios de playas y no de puertos, de tiendas y no de casas. Se los instala en lugares de aglomeración, para darles el tiempo de comprender en qué lugar del mundo y del viaje se han atascado.

Los hombres son capaces de quedarse con los brazos cruzados y tender los días como la ropa a secar. Las mujeres no, se resisten a incubar la espera en cuclillas. Los niños corren hacia cualquier pasaje, sin temor a los ogros. Me encuentro con uno, de diez años quizá, me dice una sola palabra:

—Düsseldorf.

Le hago señas de que me espere allí. Voy a comprar un mapa. Vuelvo y ya no está. Entiendo el error con un escalofrío de vergüenza. No le hacía falta que le informara, sino que lo llevara. Me consterna mi reacción tardía. Prometí ser brillante y magnífico: en mi primera prueba vuelvo a caer en la inercia. Tenía que haberlo acompañado a Düsseldorf.

Él ha llegado hasta aquí, yo tenía que añadir la última parte. Lo busco en la estación, no está ahí. Lo habrán atrapado y devuelto a uno de esos lugares atestados.

Los llaman menores, los tratan como objetos perdidos. Menor soy yo ante un metro y treinta centímetros de hombre, que no me ha dado tiempo para recapacitar.

Reciben una comida, se meten un trozo de pan en el bolsillo, un quesito y se escabullen. Son agua corriente, que no hay manera de detener. Si hay que dar un salto bajan cual cascada, si hay un muro tienen patas de grillo.

Düsseldorf, ¿por qué no he obedecido a la orden de viaje?

Me topo con un hombre que mira a su alrededor. Tiene aproximadamente mi edad, un abrigo que le llega a los pies. Le pregunto adónde quiere ir. A la estación, dice. Lo acompaño y le pregunto por su destino. La estación. ¿Y después? Después vuelve al campamento. Es un gitano que llegó ayer con su gente; debe mandar un giro postal en la oficina de correos.

Nada de Düsseldorf, ese tren lo he perdido.

Vuelvo a mi alojamiento. Todavía me quedan dos horas para hacer ruido con las herramientas, después debo parar, para no molestar a los vecinos. Después de los primeros golpes de cincel en el bloque, oigo la música de un acordeón. Alguien se ejercita en las proximidades. Dejo de golpear, la música me lo impide. Si continúo, el golpe de martillo llegará a la mano.

Abro el mapa, busco Düsseldorf. Un musulmán de diez años, con la dirección de un pariente o de una mezquita en el bolsillo, o tal vez nada, habrá oído ese nombre a alguien, se lo habrá aprendido y se lo repite, desde abajo hacia lo alto, a la cara de un atolondrado.

De Amicis me conmueve con el viaje de los Apeninos a los Andes. Lloro en el cine, incluso con un libro y no a la cara de quien me dice Düsseldorf. ¿Qué es lo que tiene de menos poderosa la realidad, respecto a la ficción? No me entiendo. Soy una persona práctica, conozco las historias de las personas y lloro en los lugares equivocados. Un niño hecho hombre lanzado a un viaje, con tres sílabas en la boca y dos ojos rectos y oscuros me ha dejado clavado.

Me quedo vacío con el mapa delante.

He acompañado a niños, algunos en brazos de sus padres, colgados de sus chaquetas. A uno lo llevé sobre mis hombros. Tenía fiebre, me hizo pis en el cuello. No se dio cuenta, dormía.

Hacía calor y se mezcló con el sudor.

Menores, fuera una sola vez yo mayor como ellos son menores. No soy padre. Sin esa experiencia, veo en los pies de los niños de viaje los zapatos de los profetas. Sus pasos anuncian el presente entre ogros, uniformes, gente atolondrada.

Doblo el mapa, envuelvo el bloque de mármol en una tela, me lo meto en el morral. Decido llevarlo conmigo, que forme parte de mi peso.

En la gran sala acerco el trozo al blanco de la estatua. Es de otro material, distinto el color. Será evidente el añadido. Pero la ofrenda del bloque no admite objeciones, debe ser éste. Por inverosímil que sea. El encargo ya lo es, mi invierno en una ciudad costera, el encuentro con la misericordia por una estatua.

Soy de los que no saben hacer preguntas, ni siquiera para pedir información. Debe de ser por eso por lo que desatiendo la fe. La divinidad pretende ser llamada, interrogada. Hace falta un resorte dentro de una persona para llegar a esa confianza de interpelar hablando de tú.

En pocos meses he tenido tratos con un sacerdote, un obrero musulmán, un rabino. Ningún contacto previo, y luego tres juntos. Me han permitido asomarme a sus balcones, y he sentido mareos, ausentes cuando escalo precipicios. Asomado a sus balcones mirando hacia abajo: la divinidad no está en las atmósferas celestes, escasas de oxígeno. Está debajo de ellas, como cimiento del vacío y del balcón.

Las palabras de sus escrituras son asideros para ir y volver del abismo.

Se me ocurren estos pensamientos mientras paseo con el travertino en el morral. Son pensamientos que dependen de su peso.

En los jardines se expande la floración de las mimosas. Su amarillo choca contra el gris de las nubes y refulge más que a pleno sol. Confunde a la nariz que siente cercanía de vainilla. En la montaña, durante la tormenta, el aire crepita de óxido y el suelo se prepara para el impacto del rayo. La tierra es un organismo viviente, ésa es toda la fe que alcanzo.

Vuelvo a mi alojamiento, retiro las vendas, lavo, evito mirar. Llevo al sacerdote el bloque de mármol para que lo vea. Teme que sea demasiado llamativo por su color diferente.

Defiendo la elección. Será llamativo de todos modos, cargado de miradas en ese punto, el crucificado desnudo. A menudo, el color de la piel de la natura es diferente al resto del cuerpo.

—Necesito creerte. Este trabajo debe terminarse y estar listo para inaugurar el nuevo curso de la Iglesia a imagen del crucificado. Creo en el valor sagrado de esta obra. Creo que tú eres la persona adecuada para el resultado final. La ayuda de la fe me ha ejercitado en captar los indicios de la providencia.

Ve en mi cara la incredulidad de poder formar parte de un designio. Me gustaría retirarme para no estropearlo.

—Existe un plan en la maraña de nudos de una alfombra.

Nudos: sé cómo hacerlos. Los conozco. Pienso en uno, recobro algo de alivio.

—La ciencia investiga los hechos y los divide entre azar y necesidad. La providencia los contiene, ambos forman parte de sus manifestaciones. Se muestra bajo formas accidentales, pero quienes practican la fe reconocen la intención, el rastro de un proyecto. Tú eres un instrumento de la providencia en esta empresa.

Prefiero no saberlo. Conozco las herramientas, los instrumentos. Tienen una empuñadura y actúan por energía externa. Me siento, por el contrario, sin obligaciones e impredecible ante mí mismo.

—Es bueno que el artífice no sienta que ejecuta otra voluntad, distinta a la suya. También es bueno que le quede la duda sobre la proveniencia de su inspiración. A veces puede ocurrir que se sientan poseídos.

Le hablo de Nápoles, del museo. Allí se me ocurrió la idea de que la natura tenía que ser de una piedra diferente. El blanco uniforme de esos cuerpos desnudos hacía de la natura expuesta una parte cualquiera de la anatomía. No es así. Es una parte diferente porque está protegida. Las civilizaciones la han tapado no por pudor, sino como defensa contra golpes, agresiones, riesgos. Es la más vulnerable. La desnudez del crucificado suscita la antigua piedad por la natura indefensa. Sus manos no pueden tajarla, sus piernas no pueden acogerla en su interior. El suplicio de la posición del crucificado culmina en esa parte desnudada.

Me salen palabras nunca antes pensadas. No es cierto que las estatuas del museo suscitaran en mí la idea de un mármol de color distinto. Se me ha ocurrido mientras lo estaba diciendo. Me he inventado el origen para dar un peso de reflexión a un pensamiento surgido en ese momento.

El sacerdote toma por buena la improvisada explicación. Observa el bloque en bruto, lo levanta a cierta altura para verlo bajo una luz diferente. Decidimos ir a cenar

al puerto para terminar nuestro encuentro. Delante de una sopa de pescado me pide que le hable de Nápoles, no lo conoce.

Es una ciudad de cuerpos que se mueven a compás de danza. A causa de la densidad de población, han aprendido un ritmo para desplazarse. Los ves y te das cuenta de que van detrás de una onda sonora, un mecanismo musical que se pone en marcha al contacto con la acera.

Me invento para él una impresión que me surge removiendo la cuchara dentro de la sopa. Aplico a la ciudad lo que sucede en el plato. Nápoles se presta a volverse olla y marmita. Se la describo así a él que nunca ha estado allí, pero a quien sin duda le han llegado noticias de episodios, de leyendas.

Hablan un idioma tan concentrado como su café, sílabas de taquigrafía. Si tienen que llamarse a voz en grito, en ese caso emplean una melodía arrastrada. Los nombres se citan por entero, con las vocales alargadas: ¡Fran-ci-schiel-lo-ooo!

Es mejor ir en invierno, la ciudad es más franca. No saben fingir con el frío en los huesos. El sacerdote me escucha y se bebe su buen medio litro de tinto, para mí basta un cuarto. La sopa de pescado está bien provista, nuestros dedos se sacan de la boca una mata de espinas. Una se le queda atravesada. Le digo que se trague enseguida una miga de pan para empujarla hacia abajo. La medida tiene éxito entre las convulsiones de la tos. Me da las gracias.

Mi abuela solía decir que en la mesa se combate con la muerte. La exageración servía para calcular el bocado, masticarlo bien antes de echárselo a la garganta. Aprueba y trasega medio vaso de vino para inaugurar de nuevo el pasaje. Al oír hablar de Nápoles casi se ahoga. Es una ciudad peligrosa. Uno camina por ella con la atención que exigen los bocados de una sopa de pescado.

—Llevaba un año, ya te lo he dicho, buscando un escultor para la restauración del crucificado. Un año que me he pasado visitando a los más variados artistas, célebres y no tanto, ancianos y jovenzuelos. En común tienen la presunción, el rango que creen poseer. No he conocido a nadie que se haya amilanado, conmovido ante la tarea. Su idea fija era la de enmarcar el encargo en su carrera. En lo primero que pensaban era en las líneas de presentación de la obra, en el riesgo de exponerse a lo obsceno y, por lo tanto, al ridículo. Es normal que vayan de la mano. Los escrúpulos les atañían a ellos y no a la obra que habían de realizar.

»El último me pidió que incluyera en el contrato un porcentaje para él en caso de venta de la estatua. Pedía el uno por ciento, así calculaba la porción añadida. Ya había escrito una carta al obispo renunciando a mi encargo. Y llegaste tú, que ni siquiera quieres el título de artista. Te acercaste a la estatua como a una persona enferma. Como médico pediste que no se firmara la curación. ¿Qué opinas de esta historia desde mi punto de vista?

No se me ocurre ninguna respuesta. Alzo mi vaso para taparme la boca, él toma el gesto como un brindis.

—Por tu natura expuesta.

Por la tuya, respondo.

En la mesa de al lado cinco ancianos juegan una brisca sin parejas. Explico al sacerdote las cuarenta cartas y los cuatro palos del juego italiano. Para él son juegos de azar. ¿Y el nuestro, el de enseñar un crucificado desnudo? Nos separamos de buen humor.

Sujeto el bloque entre dos zapatas de madera para que absorban los golpes del cincel y eviten vibraciones que pudieran dañarlo. Golpeo durante horas, toques de un reloj desvencijado. Estoy concentrado en los centímetros de delante de la nariz, como cuando escalo.

Sigo las vetas. Esculpo la pieza en posición inversa, con la cúspide hacia abajo. Al final de la sesión pulo, por más que sea inútil, puesto que aún me queda por quitar. Me sirve para acercarme al resultado.

Trabajo bajo una manta, de este modo el ruido se amortigua. Avanzo a golpes y a aliento, golpes, aliento y nada más es lo que oigo mientras pequeñas astillas se esparcen entre los pies.

Sólo me interrumpo cuando las manos doloridas pueden equivocarse. Me las estiro, salgo de la manta a dar cuatro pasos por la habitación. Vuelvo a meterme debajo de la manta y prosigo mientras hay luz fuera.

El final del invierno alarga algunos minutos el día. Por la noche, las manos están hinchadas.

—Las venas en el dorso de las tuyas parecen dos ríos paralelos, un Tigris y un Éufrates que van hacia el mar.

Es decir, hacia ti, contesto. Ha vuelto de su visita a las ballenas. Se le ha oscurecido la piel, se le ha aclarado el pelo. Se lo ha acortado, apenas le tapa el cuello. No hago la pregunta tonta: ¿te lo has cortado? En una comedia vista en Nápoles en su momento, uno se está afeitando ante el espejo. Entra un conocido y le pregunta: «¿Se está usted afeitando?». No, me estoy cortando los callos.

La respuesta me ha abrasado las preguntas obvias, de modo que no se las hago. Y hago mal. Una mujer exige que se note el peinado diferente, un vestido nuevo. Me reprocha la distracción.

Ella, en cambio, observa mis manos hinchadas, las dos venas que sobresalen en el dorso. Habla del viaje, de que ha imaginado mi presencia. Las impresiones de los clientes se parecen, ella hubiera escuchado mis variantes. Dice que soy un inventor de variantes.

Me pregunta si quiero ver fotos del viaje. Lamento mi descortesía, pero le digo que no. Esta vez no se ofende, se lo esperaba.

Ante una imagen noto la ausencia de lo que ha quedado fuera del perímetro encuadrado. La imagen eleva a frontera los bordes y a mí me entran ganas de cruzarlos.

Estamos sentados en una mesa del bar, vemos el mar áspero y las nubes cargadas por el viento. Ella toma un té; yo, un capuchino.

—Los hombres que beben leche se han quedado en la infancia.

Estoy de acuerdo, la leche me renueva la infancia durante dos minutos al día. La tomo entera. En las montañas la consigo, tibia aún y recién ordeñada. Las burbujas levantan dos dedos de nata. Huele a establo. La leche caliente me proporciona una felicidad inmediata. Debería ser ofrecida en el altar en lugar del vino. De haber dicho en la última cena que su sangre era leche, no habría habido embriaguez en su nombre. Ese vino se les ha subido a la cabeza a muchos fanáticos.

Digo frases que surgen inesperadamente. Las digo para comprobar si resisten al aire libre y no sólo en el cráneo. Ella no es creyente. Incluso menos que eso: es indiferente. Las religiones son para ella la respuesta a nuestra necesidad de sentirnos movidos por una causa importante. Para ella la única causa de la que somos efecto es la vida, nada más. Cita de memoria la frase de una escritora:

—«La suerte del trébol de cuatro hojas empieza y acaba con el hecho de haberlo encontrado, no hay nada más». La religión es la idea de que un trébol de cuatro hojas pueda significar algo más que el azar fortuito de encontrarlo en una extensión de tréboles. La muerte es un trébol de cuatro hojas, tarde o temprano lo encontrarás y no hay nada más —dice sería como conclusión de un asunto que la molesta.

Nos despedimos después de dejar algo de espacio a su última frase. No me invita a su casa, nos separamos sin un adiós.

No le he enseñado el bloque que llevo en el morral. Me gusta sentir su peso, llevar esa idea encima. Le he cogido cariño. Sucede a veces con un libro. Me lo llevo incluso a las travesías, pudiendo abrirlo un poco a la ida, más a la vuelta. Es una ventana en el bolsillo, para cambiar el aire.

El último que he leído es de Balzac, un pequeño tratado sobre el arte de pagar las propias deudas. El escritor explica que el arte consiste en no pagarlas en absoluto. La idea proviene del ejemplo de un tío suyo pródigo y sablista. En mí produce justo el efecto contrario, me obliga a hurgar en los recuerdos en busca de mis deudas. Me veo insolvente ante mis deudas de gratitud: desde mis padres hasta la ofrenda del obrero argelino.

En cuanto a la mujer que quería hacer de mí un artista, no puedo imaginar compensación alguna para su tiempo malgastado.

Eso es lo que me provocan las lecturas, una reverberación de sus argumentos dentro de mi pasillo de estatuas. Paseo de noche por la carretera provincial que bordea el mar. Los pasos me llevan lejos de las luces viarias, donde me reencuentro con el cielo que se ve en las montañas.

El reino de los cielos, escriben los evangelios que conocen a su rey. Por incompetencia, yo veo, en cambio, la anarquía, que no es desorden, sino el gobierno independiente de cada luz singular. Vuelan catapultados peñascos, meteoritos, cometas, rozando satélites, planetas. De vez en cuando se deshacen contra una atmósfera renovando en su caída la siembra del universo.

Dicen que así nació la luna, un pedazo de tierra lanzado hacia fuera por un impacto colosal. Un filósofo griego, por decir que la luna estaba hecha de tierra, se ganó en Atenas la condena a muerte. Ciertas frases han de ser dichas en su momento. Es mejor que no se sepa que la Luna, mientras tanto y poco a poco, se aleja.

Yo también me alejo por el camino nocturno con los pensamientos que me salen por instinto al aire.

Regreso y duermo profundamente. Me despierta el cierre metálico de la pescadería. Me bebo el café servido en el recipiente de la leche, tomo una rebanada de pan con mermelada. Recojo la mesa, la limpio, me lavo los dientes que me quedan, afilo los cinceles en la muela de agua.

Propino los golpes bajo la cortina hecha de manta, junto a la ventana. Compruebo el resultado con los dedos. Mi natura circuncidada está a pocos centímetros de la que voy obteniendo. La hago a su semejanza.

Mientras golpeo tengo la impresión de eliminar la materia de un envoltorio de piedra alrededor de mi carne. Cincelo para retirar un embalaje. Bajo la costra de mármol está mi forma. Estos pensamientos me ayudan a no errar ningún golpe.

Me interrumpo para pulir y uniformar la superficie provisional. Se me pasan las horas bajo la cortina, no me doy cuenta. Me convierto en lo que estoy haciendo. De modo que soy un par de manos que aferran herramientas antiguas y hacen lo que mejor saben hacer.

Estoy escribiendo lo que me está ocurriendo este invierno. Mientras escribo, consigo incluso entender algo. Lo entiendo mientras lo escribo, no en el momento anterior. Paso un tiempo sin horario, como el monje que copia un manuscrito.

Completo la forma de la natura al cabo de no sé cuántos días. Me alimento de latas, no salgo. Soy el artesano más lento de la historia. Si fuera aprendiz de algún maestro y emplease tanto tiempo para hacer una pieza, me echaría a patadas.

Es ya finales de marzo cuando vuelvo a la taberna del puerto, el bloque envuelto dentro del morral. Cada uno está en su sitio de antes.

Saludo al obrero argelino, le digo que he terminado. Me pregunta si he esculpido el orificio de salida. Me pregunta qué tal me ha salido. Es un pequeño orificio de salida.

—Es una pupila cerrada, no un grifo. Una pupila que tiene el honor de producir la semilla de la vida. Es lo que dice uno de nuestros comentarios. —El obrero se despide, ha terminado la cena.

Una pupila cerrada, le agradezco la sugerencia. Quería enseñarle el bloque acabado, renuncio. Me siento en mi sitio, la dueña me trae el plato del día, bacalao con patatas. Dice que la mujer ha pasado un par de veces, pidiéndole que la avise a mi retorno.

—¿Debo llamarla?

Estoy a punto de decir que sí, pero, en cambio, la respuesta es no. Es lo que les ocurre a quienes tienen un hermano gemelo dentro. A veces llega primero a la salida de los labios.

Un párpado cerrado, me repito, mientras mastico despacio el bocado humeante. Me percato de mis gestos ralentizados. He caminado lentamente por la calle, con la gente a mi alrededor acelerada. Los días de escultura me han aislado, colocándome en una andadura diferente.

He traído un libro conmigo, un ensayo sobre Vincenzo Gemitto. Lo abro, lo leo. Las páginas delante del plato me conservan la lentitud. Acabo como último cliente, después retiro plato, vaso y cubiertos, los llevo a la cocina.

Decido enseñarle el bloque al rabino. Nos citamos al día siguiente en el muelle de los barcos de pesca. El embarcadero está despejado, todos han salido al mar. Nos sentamos en un banco, le entrego el morral. Lo abre, ve el resultado. Se sorprende del color, de las vetas. Le parece una pieza en sí misma, no una parte.

Nota el orificio de salida, insinuado apenas. Dice que en ese punto he estado inseguro. Le cuento la definición del obrero musulmán.

—Es lo mismo en hebreo. *Ojo y manantial* son la misma palabra. El comentario de nuestro maestro Maimónides explica que el ojo no sufre, sino que gobierna lo que ve. Es fuente de lágrimas y de vida, no cuenco.

Durante un rato consigo seguir los comentarios, pero me pierdo enseguida. Debo regresar a la escultura y cambiar el orificio de salida en un ojo cerrado. Más allá del malecón se agitan las gaviotas en la estela de un barco de pesca. Se lanzan a los descartes arrojados al agua de la primera selección de lo pescado. El barco entra en el puerto con la cola blanca de las gaviotas.

—Eso mismo hacemos nosotros, cuando leemos las páginas sagradas. Las seguimos lentos, luego nos lanzamos sobre una palabra para profundizar en ella, sin saber por qué precisamente ésa. Somos como las gaviotas, vamos tras una estela a rebuscar.

Sonríe, señal de que se ha hecho tarde. Le doy las gracias por su tiempo.

Vuelvo a la habitación, afilo la punta del cincel más pequeño. Tallo más a fondo, agrego pequeñas arrugas alrededor.

Es primavera, he invernado junto con una estatua. Cambiando de mano las herramientas puedo decir que he esculpido a dos manos. Hemos acabado, mis manos y yo, la mano de mi hermano y la mía. Su vida arrollada prosigue en mí. Hay espacio en cada uno de nosotros para dar cabida a los ausentes.

Él no es un inquilino al que cedo una habitación. Es el copropietario de la vida. En este invierno ha tomado la palabra.

Voy a cenar para enseñarle el resultado al obrero. No quiere verlo. Me regaló el bloque, me empujó a superar lo mejor de mí y no quiere verlo.

—Has venido a enseñarme la obra. Por eso sé que has hecho tu obra maestra. No me hace falta comprobarlo.

Creo que lo evita por pudor.

—Siento pudor por el cuerpo sagrado de la fe cristiana. Mi mirada extraña resultaría profana.

No siempre has sido obrero, le digo.

—Asistí a la escuela coránica, era el mejor estudiante. Tuve que dejarlo. África esparce su arena más allá del mar. La ves después de una lluvia, en los cristales de los automóviles. Hacemos de limpiacristales para borrar las huellas. Soy un grano transportado. He encontrado aquí un lugar para caer. Trabajo el mármol, su polvo blanco me borra el lugar de partida. Nuestro profeta dice que el Paraíso se halla bajo los pies de la madre. Para mí ese lugar ya no se encuentra en la tierra. Pero no estoy exiliado. Vuelvo a mi lugar cinco veces al día, cuando rezo. Mi lugar de origen está en cualquier sitio en el que extienda mi alfombra de oración.

Le miro las manos oscuras marcadas de blanco en la retícula de las arrugas, en el borde de las uñas. En la barba no se distingue el color de la edad del color del polvo. Sus manos envían el dinero que ganan a su hermana, a una aldea de la meseta.

Alcanzó a ver el mar por primera vez cuando subió de noche al barco pesquero en un pequeño puerto cerca de Argel. A bordo ni siquiera lo vio, escondido entre las redes. Desembarcó en Cerdeña, se metió en un camión que esperaba a ser embarcado para Civitavecchia.

—Aquí es donde aprendo el mar. Lo oigo en la ventana, me hace compañía, pero no me llama. Antes de la cantera trabajé en un barco pesquero. Por la noche, el mar me provocaba nostalgia de la tierra.

No creo conocer las nostalgias, no siento el deseo de volver a algún momento pasado. Añado algo mío a su confidencia, para no dejarlo solo.

—No conozco a nadie sin nostalgia de una hora y de alguien. En el pesquero, de noche, sentía tanta que las olas se convertían en voces. Y yo respondía en bereber, la lengua de mi infancia. En el mar estás confinado en un desierto inmenso. No es lugar para mí, sirve para cruzarlo y nada más.

Mojamos el pan en el cuenco de barro colocado entre nosotros. Venimos de pueblos de tierra adentro y comemos juntos la mezcla de pescados descarnados por la cocción. Por pudor no bebo vino. Por pudor no pregunto de qué tormenta de arena proviene su viaje.

—Aprendí entre vosotros a no ser nadie. Mantengo la mirada baja y eso me hace desaparecer, la levanto y aparezco de nuevo. Estoy callado y se me acoge, hablo para pedir información y se me rechaza. Preferís a nadie. De acuerdo, finjamos que no existimos el uno para el otro. Tú no, tú te sientas, cuentas cosas, preguntas. Tú eres alguien y me conviertes en alguien a mí también.

El mar del puerto es por la noche un recinto de barcazas atadas, animales de tiro que rumian en la oscuridad su pausa, balanceándose y restregándose entre sí las defensas.

Nuestros ojos van de la escudilla a las ventanas que dan al puerto. Masticamos mojando el pan. Cuando ya queda poco damos juntos la última pasada. Nos ponemos los abrigo, los gorros, y nos despedimos.

Al dar la vuelta a la esquina me topo con el coche de la mujer.

—Sube, te llevo.

Abro la puerta, me detengo, digo que no, que prefiero caminar. Entonces se baja, cierra, se viene andando. Me pide que anticipemos la travesía. Por lo menos que vayamos allí y lo intentemos. Caminamos al lado pero separados, el morral en el lado opuesto.

Dice que quiere pagarme el viaje, que no debo hacerlo para compensar las noches juntos. Las ha habido porque le gusto. No ha insistido en invitarme porque sintió en mi cuerpo un vacío dejado por una mujer diferente.

—Abrazabas a otro cuerpo. Yo era su imitación. Llegaste incluso a pedir perdón, no a mí, desde luego.

De eso no me acuerdo. Sigo sin preguntar por su propósito. Caminamos sin rumbo, no hacia mi alojamiento. No quiero que sepa dónde estoy. Le debo una respuesta. Le digo que voy a informarme del estado de la nieve y mañana le haré saber cuándo podremos ir. Me da las gracias, me pregunta si paso con ella la noche. Su aliento se

desplaza del costado y se coloca delante del mío, muy cerca. Lo aspiro con la nariz y siento un revuelo al final de la pelvis. Es la primera reacción tras la cirugía. Trago saliva por la sorpresa. Dura lo que el maullido de un gato.

Dormiremos juntos en el recorrido, le responde una apagada voz mía. Sonrío por la renuncia, la circuncisión me asigna una segunda virginidad. Volvemos a su coche, nos decimos hasta mañana.

Siento de nuevo el peso del morral en el costado mientras me encamino hacia mi habitación.

Voy a ver al sacerdote por la mañana, le entrego el trabajo terminado, envuelto en una tela. Le pido que lo abra después de que me haya ido. No voy a hacer la prueba en la estatua. Ya verá él el efecto y el resultado. Voy a tomarme un par de días de distancia. A mi regreso me hará saber si puedo proceder a unirlo.

La decisión corresponde al obispo. Si fuera por él, por el sacerdote, me haría terminar el trabajo ese mismo día, sin verlo primero. Por razones administrativas sólo podrá pagarme una vez rematado el trabajo. Me pregunta si me hace falta otro adelanto. No, el que he recibido me sigue quedando amplio.

Las previsiones dan unos días de buen tiempo, tenemos que irnos de inmediato. Vamos en autobús, me extraña que no use su coche. Llegamos por la tarde a la aldea desierta.

En mis dos habitaciones, cerradas desde hace meses, el frío se ha incrustado en el polvo. Enciendo un fuego en la chimenea. La mujer está sorprendida de que dentro de casa pueda salir vapor de la boca.

Me pregunta si es así como paso los inviernos. Le preparo una manzanilla a base de hierbas recogidas en verano. En la cama nos metemos vestidos bajo las mantas, mientras las llamas reavivan lentamente la madera del techo y del suelo, que empiezan a crujir.

Me abraza por la espalda, el mejor sistema de calefacción. Dos cuerpos fríos se calientan por contacto, sin ayuda de más energía. Los abrazos producen calorías.

Le digo que debemos pensar en vivaquear, si quiere regresar después de la travesía. En este caso, la noche será más cruda que en esta casa. Yo regresaré de inmediato de todos modos.

No me responde, no me aclara si se quedará al otro lado de la frontera. Tendré que llevarme la tienda y el camping gas.

Pregunta si podrá volver atrás en caso de verse incapacitada para continuar. Puede, pero si hemos pasado de la mitad del recorrido tendremos que vivaquear. El frío no permitirá paradas. En caso de cansancio iremos más despacio, pero sin detenernos. Estamos a principios de abril y el invierno por aquí no suelta su presa hasta mayo. Me quedo dormido con su aliento en la nuca.

Me despierto en la oscuridad, ella duerme. Reavivo el fuego en la chimenea, caliento el pan seco sobre las brasas que quedan, preparo el café, abro una mermelada. Los ruidos no la despiertan. Me acerco, le vuelvo a colocar el gorro de lana, tiene el pelo estropajoso a causa del frío.

Se despierta, esconde la cabeza bajo las mantas. Desde allí la oigo decir que no ha dormido, por culpa de los ruidos de la casa. Un concierto de fantasmas, resoplidos, golpes secos, crujidos, incluso las sílabas de una lengua desconocida.

Le digo que es la contracción de la madera debida a la calefacción.

—No menciones la palabra *calefacción*, que en esta casa nunca la ha habido — grita enfadada desde debajo de las mantas.

Le digo que la madera es una sustancia viva, reacciona ante la humedad, la sequedad, el frío, el calor.

—¿Así que insistes en nombrar el calor? He oído las voces, esta casa es una madriguera de espectros.

Son los lirones del altillo, comienzan a moverse después del letargo.

—No voy a pasar una noche más en esta orquesta de orcos.

Las orquestas son de arcos, le respondo mientras le acerco el café caliente.

—Aquí son de orcos, y tú debes de ser uno de ellos para poder estar aquí.

Tenemos que movernos, le digo, y le acerco la taza.

—Déjala en la chimenea, me lo tomo allí.

Con la manta encima se acerca al banco de delante del fuego, que crece en llamas.

—No me había dado cuenta de que el fuego puede llegar a iluminar.

Vacía medio tarro de mermelada en el pan tostado, se bebe el café.

—¿Y el azúcar?

No hay. Echa una cucharadita de mermelada en el café y lo remueve nerviosa.

Fuera la oscuridad se compacta a causa del hielo. La casa cruje como un cuerpo que se estira después de dormir. Lleno la mochila con lo indispensable, nada de agua, nos apañaremos con la nieve.

Quién sabe lo que la obliga a esta penitencia.

Se pone todas las capas que puede. Lleva una mochila con exceso de peso en la parte baja. Me la quita con brusquedad de la mano mientras la levanto para dársela.

Quien no tiene costumbre de ir a la montaña se carga de pesos inútiles.

Pienso en los equipajes de las travesías: su peso es lo contrario, contiene el doble de la vida en viaje pero concentrado.

Apago el fuego, que no se vea el humo de la mañana como señal de mi presencia. Salimos, un principio de claridad mella la noche. Es la hora más fría del día, los primeros pasos raspan el hielo. Ella lleva abrigada incluso la nariz. Está enfadada, sus

pasos son apresurados ladera arriba. En pocos minutos se quedará sin aliento, al cuerpo le hace falta su arranque.

Se detiene, resopla, le digo que vaya más despacio sin interrumpir la marcha. No se mueve. Le digo que si se detiene otra vez, doy media vuelta. Voy delante, a paso lento para hacerle coger el ritmo. El recorrido cruza el bosque en diagonal, el tramo oblicuo fuerza los tobillos. Llevo en la mano un palo que me descarga un poco de peso.

Ella lleva dos bastoncitos modernos, con punta, incómodos para quien no está acostumbrado. Tropezaba con uno de ellos. Después del segundo tropezón los tira, oigo el ruido, no me vuelvo a mirar.

El bosque de alerces, abetos, pinos cembros es un laberinto interrumpido por pequeños acantilados que hay que rodear.

En un paso escarpado me vuelvo para tenderle una ayuda. En la mano tiene algo que se mete rápidamente en el bolsillo. Me parece un detector de posición. En esta maraña de árboles, peñascos y nieve, creo que no servirá de mucho para hallar el rumbo, pero no entiendo de eso. Es posible que funcione.

¿Es que no se fía? No debe de ser ése el motivo. Se me ocurre la idea de tomar más arriba, a la salida del bosque, el recorrido más difícil. Sea mi instinto o el de mi hermano, es mejor desalentar una repetición.

El día es diáfano en lo alto, pero la vertiente norte que ascendemos sigue oscura a la sombra. No intercambiamos una sola palabra. Oigo a mis espaldas el ruido de sus pasos irregulares. Haciéndolos diferentes se cansa uno más. Deben ser cortos e iguales. Nunca me pongo a explicar cómo se camina en la montaña, la gente a la que acompaño no está aquí para aprender, tiene que pasar al otro lado.

No cuento las horas, las conozco. Hacen falta tres para salir a lo alto del bosque entre las rocas del antiguo desprendimiento. Estamos tardando más.

No hay huellas en la nieve dura, excavo con la punta de la bota unos escalones en los pasajes más empinados. Ato una cuerda a su cintura y la ayudo a subir desde lo alto.

Me confirmo a mí mismo la decisión de tomar el peor recorrido.

Al mediodía estamos en un claro bajo un barranco. El sol entra de refilón. Es un buen punto de observación de la subida realizada. Una manada de rebecos con sus crías está en una cresta cercana en medio de una lengua de sol y sin nieve.

La mujer está cansada, me quito la mochila, ella se tira al suelo con un suspiro de alivio. Me aparto de ella, cojo los prismáticos y observo.

Alguien aparece y desaparece por el pedregal, entre los peñascos. Va solo, lleva un rifle al hombro. Sigue nuestras huellas.

La mujer desenvuelve y mastica un rectángulo energético. Pregunta dónde estamos, en qué sitio. Hay que superar un tramo vertical. Alza la vista.

—¿Por ahí? No puede ser. No me creo que lleves a los prófugos por esa pared. ¿Adónde me estás llevando?

No contesto. Se enfada, levanta la voz. Bajo la mía, hablo más despacio. No he preguntado el motivo de esta travesía. Sigamos así, dos que han decidido fiarse.

Pese a su lentitud, las palabras me han salido más duras de lo que pretendía. Entonces le explico, para disminuir la tensión. En lo alto de la pared seguiremos por un largo tramo de cresta, subiendo y bajando. De aquí en adelante estaremos atados continuamente.

Se pone de pie, saca unos prismáticos de su mochila. Finge mirar el panorama, en busca de un punto. No sé la razón de estas maniobras, pero ella debe de saber que hay un hombre que nos sigue. En la cresta seremos visibles desde cierta distancia y al alcance de un paso decidido. Supongo que está yendo despacio a propósito. En tal caso, me desataré y me tiraré por un pedregal. No sé quién va detrás de ella ni por qué. No tengo espíritu de indagación y por aquí preferimos saber lo menos posible.

Dejo la mochila con la tienda y el camping gas en una cavidad. Me los encontraré a mi regreso. Me ato la cuerda a la cintura y a ella en el otro extremo. La pared en voladizo tiene un punto débil, una grieta vertical que en la parte superior se ensancha en forma de chimenea. Comienzo a escalar, la roca está fría, los dedos pierden sensibilidad. Estoy acostumbrado, tengo algo de callo que hace de cojinete.

Agarrando los bordes de la hendidura fría, la piel se rompe. No puedo usar guantes, en el agarre acabarían resbalando. Le digo a ella que los use, la levantaré a pulso, bastará con que apoye los pies.

Me cuesta, no es temporada para hacer excursiones como éstas.

Más arriba, la pared está al sol. Cuando lo alcanzo, a cincuenta metros sobre el lugar de arranque, la longitud de la cuerda termina, me paro y me aseguro bien. La llamo para que empiece a subir. Al principio renquea, resbala, se queda colgada, maldice. El peso de su mochila le complica los movimientos y me complica a mí el esfuerzo por izarla.

Demuestra buena voluntad, se calma, se concentra, supera el abatimiento y colabora.

No ha pasado miedo, dice cuando alcanza el punto de parada, porque ha sentido rabia. Mejor así, esto no es un pícnic.

La aseguro en un saliente sólido y reemprendo la marcha hacia lo alto. Al sol la escalada es más ligera, los pies se apoyan con más seguridad en la superficie seca y

descargan mejor el peso corporal. Llego sudoroso a la cima de la pared. La recupero a ella y la cuerda entre nosotros. Esta vez me sigue sin pasos en falso ni resbalones. En la cima de la pared, me dice que casi le ha gustado. Hay un intercambio de sonrisas que borramos de inmediato.

Aunque sepa que hay líos a la vista, el mero hecho de estar atados a la misma cuerda me crea la ilusión de un entendimiento entre nosotros dos. Es un error, pero no soy capaz de detestar a esta mujer, aunque me está engañando. Le enseño la línea de cresta que vamos a seguir.

Estamos a primera hora de la tarde y llevamos nueve horas de ascensión.

Las crestas son una sucesión de subidas y bajadas entre nieve y pedregales. En algunos puntos son muy estrechas, con abismos a ambos lados. Esta vez vamos atados con una cuerda corta. Si ella resbala a un lado, yo salto hacia el otro como contrapeso.

Avanzamos lentamente durante una hora. Tengo la esperanza de que la dificultad de la pared escalada bloquee al hombre del fusil. Ella afloja el ritmo, dice que está agotada. Es el truco que me esperaba. Busco el punto de la cresta más útil para desatarme y tirarme sin vacilar ladera abajo. Veo un pedregal empinado en el que podría intentarlo. Nada de podría, tengo que intentarlo.

Está a unos cincuenta pasos. Creo que haré lo siguiente: sin decir una palabra me desato, bajo escalando las rocas que conducen a la grava. Mientras ordeno estos pensamientos, resuena una detonación, me agacho por instinto. Nos volvemos, no está claro de dónde ha partido el disparo. Si es contra nosotros, podríamos estar a tiro y podría haber más. Vemos algo que cae desde una cresta que hemos cruzado. Es un cuerpo, lento al principio y después precipitado, rebotando en la ladera de piedras y rocas. Ella se lleva las manos a la boca para sofocar un grito.

El cuerpo de un hombre desaparece entre los peñascos, cientos de metros más abajo. Ella grita un nombre que se le ahoga en la garganta. Estamos en una delgada franja entre dos precipicios. La sujeto con la cuerda tensa, la arrastro hasta un punto seguro.

Estamos de pie, atados por la cintura con la misma cuerda. Lo primero que hago es soltar su nudo. Ella se ha puesto rígida, mira hacia el punto distante, ni siquiera se da cuenta de que la he desatado. Deshago también mi nudo y recupero los cincuenta metros de cuerda, los enrolló como puedo, me los echo encima. Ella se percata de mis maniobras. Hay un silencio imposible entre nosotros. Tengo que regresar, ver lo que ha pasado. Hago un esfuerzo para decírselo. Quisiera hacerlo y nada más, que se las apañe ella sola en esa cresta.

Ella me mira y calla. No soy capaz de abandonarla sin una opción. Le indico por dónde proseguir, un tramo más de cresta, fácil, cuesta abajo, luego los bosques llenos de caminos bien señalizados que llevan al valle. Ya hemos cruzado la frontera.

Todavía le quedan tres buenas horas de luz, será suficiente. Soy incapaz de decir nada más, mientras termino mis preparativos para volver atrás.

—Tenemos que hablar.

Es tarde para discutir.

—¿Cuándo empezaste a sospechar?

Entiendo poco de sospechas.

—Venga, vamos, no hay tiempo para jugar al escondite. Te diste cuenta de que iban a seguirme. Avisaste a alguien para cubrirte las espaldas. Ahora cargas con un asesinato, alguno de los tuyos ha matado al hombre que nos estaba siguiendo. No eres la persona ingenua por la que quieres hacerte pasar.

No entiendo una palabra. No tengo la menor vocación por las historias policiacas. Voy a volver y sin ella, porque tengo que ir rápido.

—¿Me dejas aquí?

La travesía ya ha terminado, la habría dejado en cualquier caso un poco más allá.

Tengo prisa, la sobrepaso y me lanzo a la carrera para desandar los pasos dados lentamente antes. Me llega por detrás un grito de gracias, repetido dos veces. El ruido de mis pasos me impide comprender si lo ha dicho en serio o por rabia.

Sin ella parece que vuelo, llego al punto donde ha caído el cuerpo. Hay varias huellas en la nieve, además de las nuestras, de dos personas por lo menos, tal vez tres. Han pisoteado nuestro rastro para no dejar suelas aisladas de botas. En el lugar donde se ha desplomado el cuerpo hay una estela de sangre. Lo han arrastrado al precipicio. Lo han empujado hacia abajo, han borrado el rastro con una pala.

Alguien ha seguido al hombre, le ha disparado y llevaba incluso una pala.

El punto en el que ha caído se halla entre barrancos y grietas, imposible bajar a buscarlo.

Me apresuro, acelero ladera abajo, me dejo caer con la cuerda por la pared escalada. Tengo que forzar los tiempos, recojo la mochila y corro para regresar a casa y evitar el vivac. Por el oeste avanza un rollo de nubes púrpuras, adelantándose a las previsiones. Es una tormenta de nieve. Estalla dentro de mí una energía furiosa, corro y alcanzo la cúspide del bosque en la oscuridad, mientras la ventisca suelta su descarga en el viento.

Bajo entre los árboles a ciegas, de memoria, la emprendo a puñetazos con las ráfagas, me grito a mí mismo que estoy en mi entorno, ésta es mi casa, la tormenta es un perro que festeja mi regreso saltándome al pecho con sus patas. Metido en una especie de delirio de cansancio y obstinación, caigo, me levanto, me golpeo contra las ramas, la nieve está elevándose sobre el suelo, la bebo, la escupo, la empujo, la increpo. No yerro ni un ápice en mi ruta, llegó al umbral y debo usar la pala para entrar.

Me meto bajo las mantas con la nieve aún en la cara, sin un solo pensamiento. No enciendo el fuego, apenas tengo tiempo de quitarme las botas y la ropa mojada. Estoy vacío. Nada de lo que ha sido este día aflora por encima del cansancio. El cuerpo no permite distracciones, concentrado en sí mismo, en el frío, en el estómago en ayunas. Se me viene el sueño encima como una avalancha mientras la nieve fuera aplasta la montaña.

Por la mañana hay un metro de altura y un resto de tormenta en forma de copos lentos. Enciendo el fuego, caliento al lado agua para lavarme, después el café con unos restos de pan y mermelada con la cuchara utilizada por ella. Seguro que bajó a tiempo. ¿Qué demonios transportarían esos dos, una bomba atómica? Para matar a un estúpido montañés que no quiere saber nada. Un par de preguntas en vano mientras el agua se calienta, después me desnudo y me limpio por trozos desde los pies hasta el pelo.

Ahora tengo que pensar, me digo.

¿Desde cuándo funcionan así mis pensamientos? Vienen cuando quieren y circulan lejos de lo que me hace falta en ese momento.

La ropa de ayer humea de vapor delante del fuego. Humea el café, el pan, me quedo embobado viendo las chispas de la madera seca. Un buen pensador, medio minuto, y ya me he distraído. Epicuro me escupiría en un ojo.

Las vigas del techo crujen como cáscaras de nueces, la chimenea resopla, los lirones del altillo se persiguen. Estoy en mi habitual invierno, ayer sólo fue uno de sus días al aire libre. Abril, por aquí arriba, no entra en cuenta de la primavera.

No quiero saber, entender. Contraorden al pensamiento: déjalo correr.

Miro a mi alrededor, me acerco a la ventana. Siento el peso de la mochila en las vértebras, las manos tienen los cortes de la grieta escalada el día anterior. No tardarán en desaparecer, el cuerpo es como la nieve, borra las huellas.

Salgo a comprar algo de comida, quiero quedarme unos días. El pueblo está sepultado, la carretera ha desaparecido, las chimeneas humean. La máquina quitanieves no llega hasta aquí, ya se encarga mayo de despejarlo todo. Voy a comprar a la tienda, intercambio algunos saludos, nadie pregunta nada, como si me hubieran visto ayer. Aprecio esta discreción de aldea, capaz de coincidir con la indiferencia.

Dejo la compra en casa, paso por la posada.

El posadero está retirando la nieve de delante de la entrada, me saluda y menciona que dentro están mis dos compadres. Le digo que me prepare una mesa, que ya sigo yo con la pala. Acepta de buen grado, empiezo a retirar la nieve. Es ligera, no le ha dado tiempo a compactarse.

Entro, mi sitio está preparado en la mesa donde están sentados ellos, el herrero y el panadero. Me paro indeciso, me invitan a sentarme con un gesto de la mano. Me sirven vino, levantan sus copas.

—Bienvenido otra vez.

Aunque no me lo esperaba, me alegra que no haya resentimientos entre nosotros. Me tomo la bebida, el herrero espera a que deje el vaso en la mesa.

—Estamos en paz.

Lo miro, y después al panadero, que asiente con la cabeza.

—No como cuando te lo dije la última vez, que estábamos en paz por no matarte. Ahora estamos en paz.

Escucho de su boca lo que no sé de ayer.

Habían visto el humo de mi chimenea y notaron antes el olor que traía el viento desde mi casa, la última de la aldea. El herrero quería venir a disculparse. Vio llegar de noche una caravana desconocida. Se detuvo fuera del pueblo, de allí no salió nadie. Antes del amanecer me vio fuera de la casa con la mujer, mientras nos encaminábamos ladera arriba. Un acompañamiento excepcional y fuera de temporada: quiso saber qué estaba haciendo. De la caravana salió un hombre con un rifle de precisión, no una escopeta de caza. Se encaminó detrás de nosotros. La caravana se marchó.

—Avisé a nuestro compadre, cogí la escopeta, él la pala, y os seguimos. Por cierto, ¿por qué tomaste la peor ruta?

No quería enseñarle la mejor. Hablamos en voz baja, aunque no haga falta, no entra nadie.

—El hombre sabía lo que se hacía en la montaña. Subió por la grieta sin atarse y con el rifle colgando.

Los dos le concedieron algo de ventaja, y luego subieron también a lo alto de la pared. Al coronarla, lo vieron montando entre las rocas un trípode sobre el que apoyó el rifle.

—Atornilló en él un visor. No esperé a que se pusiera cómodo. A un centenar de metros apunté al cráneo, un solo disparo. También era un buen lugar para hacerlo desaparecer. En nuestra ladera de las grietas, donde vamos a disparar a los rebecos. Se habrá metido en algún agujero, iremos a rebuscar cuando se desinflen la nieve de esta noche.

Quién era, les pregunto. No se sabe, no llevaba documentación, no pretendía cruzar.

—Tenía una cicatriz en la cara, cuarenta años, y un rifle de los buenos.

—De no ser por nosotros, hubiera acabado contigo —dice el panadero.

—Me sacaste con vida de la avalancha, te he sacado con vida de una trampa. Ahora estamos en paz —dice el herrero.

Le digo que sí.

—Esta historia acaba aquí. No volvamos a hablar de ella ni entre nosotros ni con nadie más. ¿De acuerdo?

Apuramos los vasos. Les damos la vuelta, sin que se derrame una gota, igual que no se derramará una sílaba de nuestros labios.

Esta historia acaba aquí.

También las travesías se han acabado, han cambiado de valle. Son cosas que ocurren en las montañas, los forasteros, los turistas aparecen de repente todos juntos y de repente todos juntos se marchan.

Aquí arriba rigen leyes distintas a las de las llanuras. Aquí arriba la vida está más estrechamente en contacto con la muerte. Nos movemos entre avalanchas, desprendimientos de tierras, barrancos, inviernos como para morir congelados, hospitales distantes. Se nos forma en la piel un callo de supervivencia. Somos menos sensibles a la pérdida de vidas; hombres y animales están juntos en los establos y preferimos no cogernos demasiado cariño.

Aquí arriba, más que la vida lo que cuenta es la reputación. Puedes quitarle a un hombre su casa, sus tierras, obligarlo a emigrar, pero no puedes privarle del honor. Para ello existe la pena de muerte. No creas a quien parece el más apacible, el resignado. Si lo avergüenzas, te preparará una emboscada. Aquí arriba es fácil desaparecer. Los agravios se arreglan sin denuncias, jueces ni uniformes. Las deudas se pagan al precio de la vida.

Por aquí todo el mundo tiene un arma oculta. Algunos tienen explosivos, sacados de alguna cantera o bombas sin explotar. La montaña es una caja fuerte llena de secretos.

Las historias de brujas, ogros, animales son la crónica de sucesos local en forma de leyenda. Las cosas que ocurren por aquí se transforman en inventadas. También la historia del crucificado debió de ser una crónica de los acontecimientos, transformados más tarde en leyenda sagrada. Su condena a muerte y la agonía de un hombre joven acabaron transformando en altar una colina de Jerusalén.

Éstos son los pensamientos que me dan vueltas por la cabeza, se los atribuyo a mi hermano, mientras vuelvo a hacer el equipaje. Después del relato de la posada lo mejor es abandonar este lugar, por si alguien viene a buscar al desaparecido.

Monto en el autocar, regreso a la ciudad costera. Las curvas en zigzag del descenso rebobinan un ovillo en la cabeza. Debido al cansancio del día anterior, me quedo dormido en el asiento.

Llego de noche, camino hacia mi alojamiento. Sin luna, las constelaciones resplandecen. Sin sueño, me siento en un banco, con la cabeza hacia el cielo, apoyada en las manos cruzadas por detrás de la nuca. Escucho el ruido de las olas, la respiración gruesa del mar, la de un asmático.

En lo alto brillan alfileres de luz, pellizcan los ojos. Para llegar hasta mis pestañas consumen reservas infinitas de energía, cruzando los años luz.

La noche anterior corría a ciegas por la nieve, ahora regulo mi aliento con el ritmo de las olas. La noche anterior, expuesto a la mirilla de un rifle; ahora, al resguardo de una noche de primavera: el poder de la geografía, que en pocas horas separa trozos de vida opuesta.

Me quedo con la cabeza al aire para prolongar la distancia con las carreras de ayer. La mujer se las habrá apañado o estará tumbada en el catre de una celda. Ella también experimenta la distancia de las pistas de ayer. Ella también se habrá lanzado a un sueño río.

Se interrumpen constantemente los peligros cerrando los párpados como si fueran telones. Nos ponemos constantemente a salvo en el interior de un sueño.

De noche se entretienen de buena gana los pensamientos, la cabeza vacía es un pasto para su rumiar quedo. Reaparece entre las ramas de la Vía Láctea la silueta del crucificado.

Quien muere no se siente morir a sí mismo, siente morir el mundo, las personas a su alrededor, los días, las noches, los planetas, los mares. Quien muere siente extinguirse el universo fuera de uno mismo. Es la misericordia en dote a toda muerte, que disuelve la desesperación en la inmensidad de todas las extinciones.

Ve saltar una chispa en el aire que se apaga de inmediato. Llevaba viajando millones de años antes de disgregarse en migajas ardientes por la fricción con una atmósfera, ahora. Ahora: acabo de asistir al acontecimiento más antiguo que conozco. *Ahora* es durante un instante una palabra gigantesca.

El universo mezcla sus fragmentos, nada es ajeno.

La única vez que el crucificado habló de las estrellas fue para anunciar su caída. Siguen aún allí, más desmigajadas pero en su lugar asignado, como las montañas. No hablaba de su derrumbe, sino de sí mismo.

Sabía que el fin del mundo coincide y se repite con la muerte de cada uno. El cielo se replegaba como un rollo junto con sus estertores.

Esta noche mi hermano está en forma, enciende sus pensamientos como bengalas. Respiro hondo, rompiendo el ritmo de las olas. Busco en el aire otra chispa. No se produce. Sonrío divertido, pensando que estoy a la espera de un acontecimiento cósmico privado, el ahora de otra extinción.

Me estremezco con un escalofrío. Bajo los ojos hacia el suelo, me percató del esfuerzo para enfocar el metro que hay entre los pies, después de haber recorrido las galaxias. Es el vértigo al revés del astrónomo. Los primeros pasos son los del borracho que tropieza consigo mismo.

Por la mañana voy a la rectoría, el sacerdote ha salido, ocupado con los preparativos de Pascua. Va por las casas a bendecirlas. En la gran sala de la estatua me sorprende una luz más fuerte. Han cambiado la iluminación, es estridente, borra las sombras. La desnudez es más violenta, más trágica la mutilación.

Paso un paño húmedo por el cuerpo para eliminar el polvo, la tela no se ensucia. Ya lo han hecho en mi ausencia.

La herida del corte intercostal parece más astillada, más afiladas las espinas de las sienes. La luz en exceso es un error. En el instante de su muerte, el cielo estaba sombrío de lluvia retenida.

Con la punta de los dedos recorro los clavos. Me sorprende de no haberlo hecho. En la cabeza del primero, el de los pies, noto bajo las yemas una incisión. Subo a controlar los otros dos. Al tacto, también llevan en la cabeza un pequeño sello. Con la lupa los observo mejor, son diferentes. Los copio en el cuaderno para llevar los signos al rabino.

Me regaño a mí mismo por no haber hecho antes una inspección completa con lupa y yema de los dedos por toda la superficie. Durante una hora rebusco en cada centímetro, sin encontrar más signos.

Voy a ver al rabino. Su Pascua ya ha pasado. Para ellos es la celebración de una travesía. Cruzan los confines de Egipto y de la esclavitud. Entran en la libertad, que al principio es un desierto de par en par. Se cierra con llave el paso que se deja atrás, inauguran el viaje. Es la primera fiesta de la igualdad de las historias sagradas, ninguno de ellos es un esclavo.

Así me lo explica él, recibiéndome esta vez en su casa. Me ofrece un café turco, su familia vivía en Estambul.

Su despacho es una fortificación de libros, en forma de torres, de gradas, por todas partes desde el techo hasta el suelo. Su escritorio es un puente levadizo. La mayor parte de los títulos son de literatura. Me presenta con un gesto las paredes sobrecargadas.

—Soy su invitado —dice, y no es broma—. Me preparan para el estudio de las historias sagradas. Son la antesala, el patio. Después de sus páginas puedo entrar en el recinto.

Le enseño los tres signos grabados en las cabezas de los clavos. Asiente con la cabeza, de nuevo se trata de letras hebreas.

—Son *álef*, *dálet*, *mem*, forman el nombre de Adàm. Es él el autor, eso quiere decir el escultor con este mensaje. Adàm, toda la especie humana, golpeó esos clavos dejando su firma. En los evangelios se recoge la frase: «¿Por qué me has abandonado?». Es la

repetición de un verso de David en un salmo. En hebreo puede leerse sin signos de interrogación: «Por lo que me has abandonado». Como un escrito de acusación, mira por lo que me has abandonado. Por lo que: en hebreo, dado el valor numérico equivalente, puede leerse: «Por un Adàm me has abandonado». De ahí el nombre en los clavos.

El escultor quiso ser escritor. Sembró de letras la superficie para añadir una línea a esa historia.

Su identificación física con el crucificado le había impuesto el conocimiento del alfabeto hebreo. Había grabado una escritura en la estatua, pero lejos de la vista. No para el espectador que observa, sino para quienes se acercan, atraviesan los confines de la distancia y llegan a tocar con la mano. Los signos son para aquellos que están dispuestos a dejarse contagiar.

Me encuentro frente al abismo de los significados, necesito apoyarme en un sorbo de café turco. El rabino me deja tiempo para asimilar. Después, concluye:

—Ser condenados desnudos a la muerte. Ése fue el destino de mi pueblo en el siglo pasado, en el desierto de Europa. Desnudos antes de ser asesinados: los asesinos repetían como autómatas los preparativos de la crucifixión de un judío.

Confuso por las noticias, choco con una pila de libros que se derrumba por el suelo. Me siento mortificado, los recojo, me disculpo. Me ayuda, diciendo que no me preocupe por los libros.

—No son frágiles, se dejan maltratar. Resisten más que nosotros al desgaste, a las heladas, a los exilios y a los naufragios. Su prodigio es que saben tomar el tiempo de quien lee. Abres a Homero y te lo encuentras a tu lado. Lo cierras y vuelve a sus siglos.

Regreso a ver al sacerdote pensando en Homero. No ocurre lo mismo con el crucificado, con su sermón de la montaña, sobre las igualdades, sobre la felicidad. Cierro las páginas de Mateo y éstas no vuelven a su milenio. Se han metido en el que las escucha, hacen del lector un testigo, uno que estaba allí.

Puede que sea ésa la distancia entre Homero y Mateo.

Hablo de esto con el sacerdote que ha vuelto de su paseo de bendiciones. Coloca en su sitio el agua bendita, el instrumento que él llama aspersorio, se quita los paramentos.

Llama metódicamente a todas las puertas. La mitad no quiere, una cuarta parte no responde, el resto acoge el agua y las palabras. Es su maratón de Pascua. Bendice incluso las puertas cerradas.

Rara vez lee a Homero. Para él, Mateo es el periódico cotidiano que trae las últimas noticias, mientras que Homero tiene el encanto de la leyenda.

—Mateo es tierra firme, Homero, el mar, no éste vuestro, amable incluso cuando se hincha. Mi mar es el Atlántico furioso de las Antillas, los huracanes y los zarpazos de los remolinos de viento que levantan los tejados de las casas. Pero volvamos a nosotros.

Fue con el obispo a hacer la prueba de cómo quedaría pegada. La primera impresión fue la de un añadido vistoso. Luego, la impresión opuesta, la de que pertenece al cuerpo.

—Tras una mirada más lenta uno deja de hacer caso. El principio de erección está matizado, tiene uno que querer encontrarlo. En el original, según la fotografía de la época, el blanco acentuaba el detalle. El mármol diferente, por el contrario, invita a la atención hacia las vetas, que repiten la torsión del cuerpo. El mármol que has encontrado y trabajado es una idea de artista, hay que reconocerlo. La natura, como la llamas tú, resulta disimulada más que expuesta.

Le pregunto por los motivos de la nueva iluminación.

—Hemos añadido luz para que sea evidente la pena adicional de la desnudez, la voluntad de humillar así al condenado. Esa desnudez quiere añadir vergüenza. Hay mujeres alrededor, una asamblea. Pero aquí, en la estatua y en la cruz, se produce el vuelco. El cuerpo ofendido se transfigura y su desnudez, de vergüenza de ser humano, se convierte en pureza de cordero sacrificado. La cruz se convierte en altar y el cuerpo, en su ofrenda.

Puedo proceder a unirla.

Le hablo de las tres letras hebreas grabadas en la cabeza de los clavos, de la ayuda que me ha prestado el rabino. Lo hablará con el obispo, pero ya puede decirme que esos signos añaden profundidad a la escultura y que, junto con los demás descubrimientos hechos por mí en superficie, se darán a conocer. El *rabbi*, así lo llama, será invitado a la inauguración. Pido que inviten al obrero argelino de la cantera de mármol, que me regaló el bloque. Aunque no acuda, le agradecerá recibir la invitación.

Me entrega la natura envuelta en un delicado lino.

Tengo ganas de caminar, me voy a la playa. El viento me almohaza la cara, se me mete en la nariz, en las orejas, se me desprenden unas gotas de los párpados. Las pupilas se lavan con el viento, no con jabón.

Camino unas cuantas horas, recojo pequeños trozos retorcidos de madera, nácar, por la costumbre de mirar al suelo. Las algas secas se desmigajan bajo los pies. Los míos son dos troncos delgados y estrechos, podrían pertenecer a Pinocho. También escasean de carne las piernas, holgadas en cualquier par de pantalones. El viento golpea contra ellas haciendo revolotear la tela superflua.

Encuentro el lugar en el que la mujer y yo nos sentamos, bajo el letrero de un establecimiento de playa. La arena está alisada, sin ninguna señal de nuestro peso. Haría falta el deslizamiento de un glaciar durante miles de años antes de dejar en la faz de los montes la huella del paso de una fricción. Hacen falta accidentes colosales para grabar un recuerdo sobre la faz del mundo. La pretensión de dejar una señal no está a nuestro alcance.

No hay pescadores con caña. También la orilla es una frontera y podría atravesarla entrando en el mar. Proseguiría el camino, bajaría hasta el fondo.

Se opone la idea de mi hermano, no hasta el fondo, porque dentro del agua nos empuja una fuerza opuesta a la de la gravedad, quitando peso, levantando el cuerpo para que flote. Se dio cuenta de ello el siracusano Arquímedes, quien estudió la tierra, el cielo y el mar.

Fue asesinado de viejo por un joven soldado de Roma. El reemplazo entre generaciones puede resultar catastrófico. Los viejos deberían morir por amor, cayendo de una escalera apoyada en el balcón de la amada coetánea.

Mi hermano habla con el viento que me entra por la nariz y va directo al cráneo a visitarlo. Me devuelve pensamientos bajo la especie de estornudos, repentinos, que pellizcan para que se los expulse.

Recojo una piedra excavada por moluscos, su vivienda abandonada. En sus agujeros redondos meteré un poco de tierra y una semilla. Invento una variante de su alojamiento.

Camino hasta que me entra sed.

En la cena me informo sobre las resinas modernas para pegar el mármol. El obrero argelino me aconseja una epoxi, antes hay que limpiar bien las dos superficies de contacto. Insiste en que sean porosas. Son medidas obvias, pero me alegra oír las de él.

Compro la resina y un papel de lija grueso para volver rugosas las dos conjunciones.

Me queda por hacer esta fácil maniobra, y mi cometido habrá terminado. Me acerqué al trabajo de cuerpo a cuerpo, hasta la imitación de la circuncisión.

Antes de entrar en la gran sala por última vez paso a ver al sacerdote. Confirmando que no quiero mi firma al margen de la restauración. La obra es del escultor, yo soy su adjunto en un detalle.

Él señala que mi nombre en la restauración me haría ganar nuevos encargos. No importa, no me hace falta aumentar el volumen del negocio, le digo en broma. No estaré en la inauguración, conoceré el resultado final antes que los demás, visto que lo inauguro yo.

Me marchó. Me siento un poco aturdido, como después de varios días de fiebre. Desenvuelvo del lino el bloque de mármol, el contacto hace que los dedos vibren. Es lo mejor que he sabido hacer, mi obra maestra. Sonrío de mí mismo.

Con el papel de lija vuelvo ásperas las dos superficies de contacto. Las acerco para probar. Siento la resistencia de dos imanes que se repelen. La sugestión del momento me confunde, será debilidad debido a la emoción. Vuelvo a intentarlo con un poco más de energía, el bloque se escabulle de lado. No entiendo, y como de costumbre no me interesa entender, sólo debo ejecutar. Me calmo y vuelvo a intentarlo. Una fuerza me rechaza.

¿Es que me he vuelto idiota? ¿De qué fuerza hablo? Hablo, estoy hablando, me sale una voz que farfulla. Los labios cuchichean ellos solos. No sé lo que dicen. Me toco la frente para comprobar la temperatura. Está fresca. Me la toco de nuevo, está ardiendo. Me enfado conmigo mismo. Con un impulso brusco me lanzo contra el punto de conjunción. El esfuerzo es intenso, un cuerpo contra otro cuerpo, hasta que debido al impulso resbalo a un lado, caigo rodando al suelo.

Rechazado. Nada de sugestión, no puedo terminar la obra. Incluso me he magullado un costado, protegiendo en la caída la pieza que sujetaba con las dos manos. La escultura no quiere mi añadido.

La explicación es tan disparatada como mi condición.

Rechazado. Final de la obra maestra, de mi presunción. He aterrizado patas arriba y no me levanto por el dolor en el costado. Estoy en posición desmañada, acartonado en el suelo, con la natura que no he soltado y sigo apretando. A los pies del solemne crucificado me quedo acurrucado y dolorido. Como para estar orgulloso. Espero que no entre el sacerdote.

El sacerdote, me imagino su cara, entrando de repente: arranca con un golpe de tos un principio de carcajada. Empiezo a estremecerme despacio, luego con más fuerza una risa convulsiva me sacude y me atormenta el costado. Alguna costilla debe de haberse visto afectada por el golpe en el suelo. La carcajada insiste sobre el dolor y me provoca más risas. Se me saltan las lágrimas, no sé si de pena o de puro cómico. Coinciden y no cesan hasta hacerme jadear, faltar de aliento. Me calmo, agotado, pero la risa arranca de nuevo convulsivamente. No consigo detenerla, creo haberme mojado incluso los pantalones.

El rostro del sacerdote que me sorprende en estas condiciones sigue proporcionando energía a las sacudidas. No ha entrado, no ha entrado: pruebo con esta frase como exorcismo y la risa llega al espasmo.

Cesa por agotamiento de energía. Estoy empapado de todos los fluidos corporales, sólo falta la sangre. Aún sigo empuñando con las dos manos la natura de mármol. Aflojo el agarre, dejo caer la pieza al suelo, los dedos siguen contraídos.

Ni siquiera después de la avalancha me he visto tan extenuado. Me incorporo lentamente, apoyándome en la base del crucificado. Pero no consigo pasar de las rodillas. Desde esta involuntaria posición devota, levanto la vista hacia la estatua. Le pido disculpas. Es la primera vez que la observo desde este punto de vista de su vertical. Los párpados entornados, los pliegues de los labios: desde aquí parecen esbozar una sonrisa. Estoy tan magullado que hasta me imagino que le he hecho sonreír.

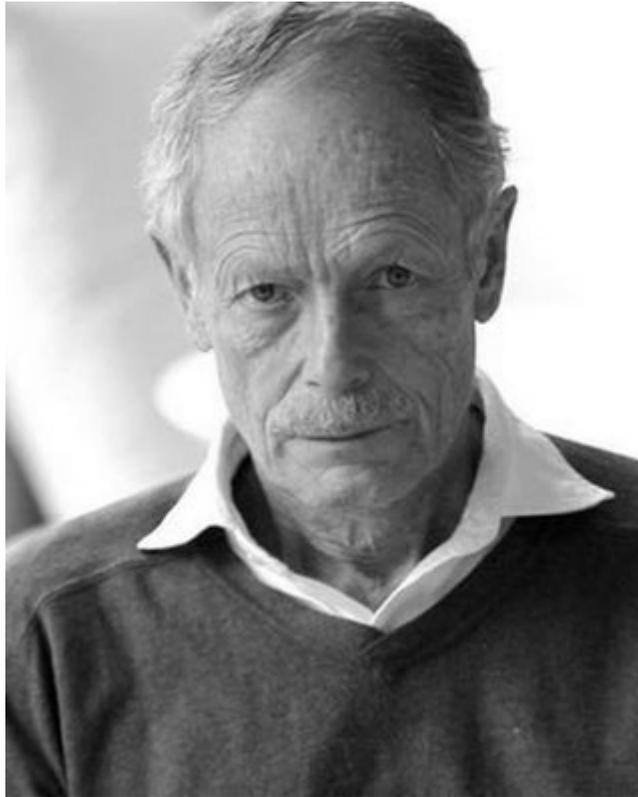
—¿Sigues sin entenderlo?

No es la estatua la que habla. Es mi hermano, un niño de seis años. Es la primera vez que sale al descubierto, de viva voz, fuera de mi cráneo. Me quedo sin habla, incapaz de ponerme de pie.

—Realizabas el trabajo con orgullo y has sido rechazado. Debes realizarlo con temblor.

No le doy las gracias. Me apoyo en los pies de la estatua, me levanto. Hago el gesto que debía haber hecho al entrar aquí. Me quito los zapatos. Después el resto de la ropa. Tengo escalofríos. Recojo la pieza.

Aplico la resina a las dos superficies de contacto. Aproximo la natura a su conjunción. No controlo el temblor de las manos, temo unir las mal, ser impreciso. Las dos partes se atraen por sí solas. Acerco. Uno. Fin.



ERRI DE LUCA. Nació en Nápoles en 1950. Tras desempeñar varios oficios en Italia, Francia y el continente africano, inició la carrera diplomática, que sin embargo, abandonó. Criado en el regazo ideológico de la izquierda militante, a los dieciocho años participó en el movimiento del 68, y fue dirigente del movimiento Lotta Continua, una de las organizaciones revolucionarias más importantes de los años setenta. Empezó a publicar casi por casualidad, cuando ya había superado la treintena, colaborando en periódicos como el rotativo napolitano *Il Mattino*, tanto en temas políticos como en alpinismo, disciplina de la que es aficionado. Ha publicado *Aquí no, ahora no* (1989), *Tú, mío* (1998), *Tres caballos* (1999), *En el nombre de la madre* (2007), *Montedidio* (2002), *El peso de la mariposa* (2005), o *El día antes de la felicidad* (2009). Conocedor del hebreo y el yiddish, que aprendió de forma autodidacta, en los últimos años De Luca ha traducido al italiano el Éxodo, el Eclesiastés y los libros de Ruth y Jonás. Considerado uno de los autores italianos más importantes de todos los tiempos, sus libros han sido traducidos a veintitrés idiomas y ha sido galardonado con varios premios entre los que destacan el Femina Étranger en Francia o el premio Petrarca en Alemania.